

11150

Vna hosta

en palacio.

Perez.



UNA BODA EN PALACIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

Y

D. ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 27 de
Enero de 1876.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

LAURENCIA.....	SRTA. CASTRO.
BEATRIZ.....	SRA. ALVERÁ.
EL MARQUÉS DE FIGUEROA.....	SR. CATALINA.
VILLAVELA.....	SR. CASAÑER.
EL BARON.....	SR. CASTILLA.
ÉL MARQUÉS DE GUEVARA.....	SR. ROMEA.
DON FERNANDO.....	SR. PASTRANA.
CABALLERO.....	SR. MOLL.
IDEM 2.º.....	SR. TORRES.
Damas, caballeros, acompañamiento.	

La accion en Madrid. Principio del siglo XVIII.

Esta obra es propiedad de los autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratadas internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salón.—Dos puertas á la derecha del espectador, una de las cuales conduce á la capilla. Dos á la izquierda, una secreta. Una al fondo. Ventanas. Mueblaje de la época.

ESCENA PRIMERA.

FIGUEROA, VILLAVELA.

VILLAV. Pierda yo mi noble empleo
de capitán de la guardia,
si no es la mayor simpleza
lo que hace don Juan Guevara.
Por más veces que le he dicho:
«Infeliz! ¿Por qué te casas?
»¿Á qué dedicarte á una,
»cuando puedes tener tantas?»
Pusilánime y pacato
no quiere seguir mis máximas,
y ya de la vida libre
se entrega á la vida esclava.
(Mirando á la capilla.)
¡*Requiescat in pace... amen!*
Ya los novios se levantan,
y el padrino y la madrina,
y todos... Uff... qué algazara.

El sublime diplomático
está de gozo que salta,
y Laurencia vuestra esposa
más alegre que unas pascuas.
Vienen... callad, Figueroa.
¡Si no he dicho una palabra!

FIG.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BEATRIZ, LAURENCIA, GUEVARA, el BARON,
DAMAS y CABALLEROS. Salen hablando alegremente. Las
damas besan á Doña Beatriz, los caballeros abrazan á Guevara.

- UNO. Primo, os doy la enhorabuena.
OTRO. Primo, os la doy con el alma.
OTRO. Sed dichoso, primo mio.
GUEV. Gracias... caballeros... gracias.
VILLAV. Un abrazo!
GUEV. Villavela!...
BARON. Otro, sobrino!...
GUEV. Caramba!
—Vos no abrazaís, Figueroa?
FIG. No, marqués, os tengo lástima.
BARON. Por vez primera en mi vida
olvido la diplomacia.
BEATRIZ. Gracias, señor; yo os estimo
que en una noche tan fausta...
BARON. Y olvido las consecuencias
de esa cuádruple alianza
que intentan hacer políticos
de baja estofa... muy baja.
¿Y qué ha de ocurrir, señores?
el rey Luis catorce manda
un embajador... sin títulos.
LAUR. Baron, pues hay en España
quien... sin ser embajador,
se viene con embajadas.
BARON. El rey don Felipe quinto,
que ya conoce mi talla,
ha querido utilizarse
de mi ingenio y perspicacia,

y me ha nombrado maestro
de ceremonias... No cuadra
muy bien lo cancilleresco
dirigiendo contradanzas,
pero en fin... el rey bien sabe
que soy en la diplomacia...

VILLAV. (Á Guevara, en grupo aparte.)

Un majadero completo
sería si te negara
que he sentido que te cases.

GUEV. Sí; pero tú me llevabas
por una pendiente horrible
de enredos y de jaranas.

VILLAV. Unos cuantos amoríos
y dos ó tres estocadas...
eso lo tiene cualquiera
que aspira á verse mañana
canonizado. Confiesa,
querido marqués, que estabas
perdido de amor...

GUEV. No niego
que la adoro con el alma...

VILLAV. Y que un pensamiento malo...

GUEV. ¡Hombre!

VILLAV. Á cualquiera le asalta.

Eso sí, la ex-camarista
es guapa.

GUEV. ¿Verdad?

VILLAV. Muy guapa.

GUEV. Si vieras qué ganas tengo,
Villavela, de abrazarla...

BARON. (En otro grupo.) ¡Y qué diremos de Rusia?

LAUR. Mas vale no decir nada.

BARON. Aliarse!...

LAUR. Sí, ya entiendo,
Baron, de lo que se trata;
pero en todo el mundo existen
alianzas de alianzas.

BARON. Sí, pero esta...

LAUR. (Señalando á Beatriz y á Guevara.) Pero esta,
perdonad, no es diplomática.

BARON. Eso es muy cierto.

- LAUR. Acordaos,
Beatriz, que el rey aguarda.
- BEATRIZ. Vamos.
- GUEV. Vamos.
- BARON. (Interponiéndose.) Permitidme.
(Ofreciendo la mano á Beatriz.)
Yo abro primero la marcha.
(Á Guevara.) Ahora vos á la madrina.
La etiqueta así lo manda.
Ah! Deteneos un punto,
porque ya se me olvidaba.
Despues que los dos hayais
besado las régias plantas
del rey don Felipe quinto,
que guarde Dios en su gracia,
vereis á su bella esposa,
despues á la bella infanta,
y despues al bello príncipe
que hoy ha llegado de Francia.
Despues, vos, sobrina mia,
ireis á las Trinitarias
donde hay doscientas profesas
que impacientes os aguardan;
despues á ver á mi tia,
que hace un mes que apenas habla,
y despues que hayais cumplido
con estas precisas prácticas...
- FIG. (Se acostará el matrimonio
el jueves de la semana
que viene.)
- GUEV. Corriente, tío,
si es preciso que yo vaya...
- BARON. Ineludible, forzoso.
- GUEV. Bien.
- BARON. Son leyes cortesanas.
- LAUR. (Cogiendo el brazo á Guevara.)
¡Ya sois mi marido!
- GUEV. ¡En efecto!
Ya lo soy... y así me tratan.

ESCENA III.

VILLAVELA, FIGUEROA, sentado.

- VILLAV. Já! já! já! já!... ¡Por mi vida!
Ya está el pájaro en la jaula.
Ya le ha cogido en sus redes
el tío, y ya no se escapa.
Él, señor de veinte sotos
que el Pisuerga y el Jarama,
el Tajo, el Duero y el Tormes
besan al són de las auras,
estará como un doctrino
en las régias antecámaras
hasta que el rey le dé un cargo
que siempre será una carga.
Mártir del mundo es el hombre
que sus cadenas remacha;
pero al que lo hace en palacio,
ni San Lorenzo le iguala.
¡Cuánto ménos desdichado
el rústico que se casa!
No tendrá al rey por padrino,
no serán de oro sus arras;
pero á fe que en recibiendo
las bendiciones sagradas,
dejando á un lado etiquetas,
irá á vivir á sus anchas,
sin que vengan arzobispos,
embajadores, monarcas,
frailes, monjas ni novicias
para echar su cuarto á espadas. -(Pausa.)
- FIG. La vez primera que habeis
abusado de la charla
con ribetes de elocuencia
y con apuntes de gracia.
- VILLAV. Y luégo el trance en que ponen
á la infeliz que se casa:
uno rie con malicia,
otro la dice una gracia.
Y ella, con los ojos bajos,

siempre en vilo, siempre en ascuas...

Figuroa, ¿no os parece
que es cosa desesperada?

FIG. Como nunca he sido novia
yo no sé lo que les pasa.

VILLAV. No os vengais con cuchufletas.

FIG. Contesto á vuestras palabras.

VILLAV. Sois del todo incorregible.

FIG. Me adornais con vuestras galas.

VILLAV. Siempre igual.

FIG. Siempre lo mismo.

VILLAV. Siempre hemos de estar de zambra.

No os vuelvo á hablar.

(Figuroa se encoge de hombros.)

¡Y esto es hombre!

Abur. Su flema me inflama.

ESCENA IV.

FIGUROA.

La humanidad tendrá siempre
una costumbre muy mala:
la costumbre de meterse
en camisa de once varas.
Yo no comprendo esta vida
en la que estoy siempre en Babia,
si no se tienen dos cosas,
cachaza... y mucha cachaza.

ESCENA V.

FIGUROA, GUEVARA.

GUEV. Jesús, qué barbaridad!
Vengo escapado... ¡Dios mio!
¡Qué tío, marqués, qué tío!...
no hay mayor calamidad.
Con esa eterna manía
que tiene por todo aquello
que puede llevar el sello
de la diplomacia, un día

va á dar que hacer á la córte
y á comprometernos va.
—¡Ahora mismo!... Como está
viendo en todo lo del Norte
mil arterías y oprobios,
por decir al soberano
en estilo liso y llano:
«aquí os presento los novios,»
le ha dicho en tono muy hæco:
«aquí os presento la Suecia.»
Y á una salida tan necia,
es claro, yo me he hecho el sueco.
Es el hombre más pesado
que existe en el mundo entero;
se juzga en todo el primero,
y habla mucho y muy pausado,
y en términos absolutos.

FIG. Anteayer, en esa estancia
me estuvo hablando de Francia
diez horas y diez minutos.

GUEV. ¡Diez horas! Pero eso labra
la desdicha de cualquiera;
vos le diríais que era...

FIG. Yo no dije una palabra.

GUEV. ¿Y os estuvísteis?...

FIG. Tendido
así, inmóvil como un tronco,
hasta que él se quedó ronco
y yo me quedé dormido.

GUEV. Sublime, heróica prudencia
que me admira y que me espanta.
Quién pudiera tener tanta
para sufrir con paciencia
todo lo que pasa aquí.

FIG. Pues á mí no me ha pasado.

GUEV. ¡Cómo! ¿No os habeis casado
tambien en Palacio?

FIG. Sí.

GUEV. ¿Y no hubo algun importuno?

FIG. Nadie.

GUEV. ¡Gran Dios, qué fortuna!
¿Y enhorabuenas?

- FIG. Ninguna.
- GUEV. Y primos?
- FIG. No hubo ninguno.
- GUEV. ¿Y tios?
- FIG. No tengo tios.
- GUEV. ¿Dónde hay dicha más completa?
¿Y la etiqueta?
- FIG. ¿Etiqueta?
la suprimí.
- GUEV. ¡Qué extravíos!
¿Cómo un marqués se propasa?...
- FIG. ¿Que cómo? Al primer bromazo
cogí á mi mujer del brazo
y me la llevé á mi casa;
y dije al portero Deza,
que es rudo como una loma:
«Al que venga á darme broma
dale un palo en la cabeza.»
- GUEV. Jesús, marqués, yo me abismo.
- FIG. No me extraña.
- GUEV. Pero al cabo
tal proceder...
- FIG. Harto esclavo
es el hombre de sí mismo
sin que sea menester
que venga en esta ocasion
á esclavizar la ilusion
de su tasado placer.
- GUEV. Pero en fin, en esta boda
es forzoso ser benigno.
- FIG. Yo en mi vida me resigno
con lo que no me acomoda.
Eso sí, tengo la suerte
que con todo me acomodo.
- GUEV. ¡Ya lo creo! de ese modo...
- FIG. Pero si la misma muerte
viene á empeñarse en que sí
y yo me empeño en que no,
ó mato á la muerte yo
ó ella me despacha á mí.
- GUEV. (Y dice bien; en un día
como éste tan deseado

he de estar esclavizado?
Nada, valor y osadía)
De imitaros soy capaz.
FIG. Pasareis noche risueña.
GUEV. Y si mi tío se empeña
en disputarme la paz
que busco en mi nuevo estado;
si prosigue en su manía
de alzarme á la gerarquía
de gran prócer del Estado
para lograr sus afanes;
si quiere que yo mendigue
del rey y que al rey obligue
á entrar de lleno en sus planes
astro-sueco-franco-*ilusos*,
como tres y dos son cinco,
dejo la córte y de un brinco
me establezco con los rusos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, VILLAVELA.

VILLAV. Guevara, ¿qué haceis aquí?
Ya la marquesa salió
de ver á la reina.
GUEV. (Con alegría.) Oh!
VILLAV. Y el cardenal está allí
en la antecámara real.
GUEV. ¡El cardenal!
VILLAV. Y te espera
GUEV. ¡Pues es una friolera!
¿Quién le falta á un cardenal?
VILLAV. Vamos, Guevara.
GUEV. (Tímidamente á Figueroa.) Es en vano
negarse... ¿qué le he de hacer?
FIG. Por mí podeis ir á ver
todo el colegio romano.
VILLAV. Que tu tío se incomodá!
GUEV. Voy, voy... (Malhaya mi suerte!)
VILLAV. Me ha dicho que el rey va á hacerte...
GUEV. ¡Cómo!

VILLAV. Un regalo de boda.
GUEV. Mas...
VILLAV. ¡Que te esperan!
GUEV. Ya voy.
(Pero esto es hallarse preso!)

ESCENA VII.

VILLAVELA, FIGUEROA.

VILLAV. Y vos?
FIG. Yo bueno.
VILLAV. No es eso,
es que la córte...
FIG. Ya estoy.
VILLAV. Mas...
FIG. No me hallo de servicio;
es mi mujer.
VILLAV. En un día
de tanta y tanta alegría...
FIG. Mejor.
VILLAV. No es un sacrificio
estar...
FIG. Yo no tengo á gala
estarme, segun el uso,
grave y tieso como un huso
en el rincon de una sala.
VILLAV. Pero...
FIG. Estoy en mi derecho.
VILLAV. Hoy todo el mundo es testigo.
FIG. Mejor.
VILLAV. Se casa un amigo.
FIG. Pues que le haga buen provecho.
VILLAV. ¡Uff!... me irritais.
FIG. Pues calmad
vuestras iras.
VILLAV. ¡No me extraña!
Vos nacisteis en España
por una casualidad.
En vuestras venas no arde
la sangre del gran Gonzalo;
no sois bueno, ni sois malo,

ni valiente, ni cobarde,
ni enamorado, ni esquivo,
ni adulador, ni altanero,
ni tardío, ni ligero,
ni feroz, ni compasivo.
Nada existe que os transporte
ni que os altere jamás,
si andais, andais á compás,
y si os moveis, por resorte.
Ante el mayor cataclismo
mudo y tranquilo os quedais;
vos sois un hombre que estais
siempre metido en vos mismo.
—Pero es que hay más todavía,
que nadie á creer se atreve
y que pone de relieve
lo que es vuestra sangre fria.
Dos bandos turban el mundo
llenos de fe y de impaciencia,
disputándose la herencia
del rey don Carlos segundo.
Todos tenemos afanes
y sufrimos mil reveses,
los unos por ser franceses
y los otros alemanes.
Vos solo estais sin afán
sin pena y sin interés.

FIG. Porque yo no soy francés
ni soy tampoco aleman.

VILLAV. Ved si es claro como el sol
el juicio en que yo me fundo;
vos no sois nada en el mundo.

FIG. Sí tal; yo soy español.

VILLAV. ¡Vive el cielo! ¿Y tolerais
que murmuren?...

FIG. Ya comprendo.

No, no creais que me ofendo;
ya sé de lo que me hablais.
Critican mi proceder,
se burlan de mis manías,
y todos, á espaldas mias,
me muerden que es un placer:

- mientras yo no sienta el diente...
- VILLAV. Mas no buskais al que ha dicho...
- FIG. Mi honor no se halla al capricho
de un audaz ó un maldiciente.
- VILLAV. ¡Oh!
- FIG. Si llega la ocasion
y alguno se me descara...
¡Phs! entónces cara á cara
le partiré el corazon
con mucha serenidad.
Ya sabeis que sin trabajo
yo soy un hombre que rajo
á otro hombre por la mitad.
- VILLAV. Sí, mas lo haceis con tal calma,
que no acierto á comprenderlo.
- FIG. Sí, pero el caso es hacerlo.
- VILLAV. No habéis así! ¡Por mi alma!
Yo ya hubiera destrozado
tanta lengua torpe, impía,
murmuradora.
- FIG. Andaría
todo Madrid deslenguado!...
- VILLAV. Y qué?
- FIG. Teneis mucho arranque.
- VILLAV. Yo nunca obro mansamente.
- FIG. Vos pareceis un torrente.
- VILLAV. Vos pareceis un estanque.
- FIG. ¿Á qué estar siempre en un potro?
- VILLAV. Cierto que es un desatino.
- FIG. Cada cual por su camino.
- VILLAV. Vos por uno...
- FIG. Y vos por otro.
- VILLAV. Yo no necesito espuela.
- FIG. Yo á nadie pongo la proa.
- VILLAV. Pues lo dicho, Figueroa.
- FIG. Pues lo dicho, Villavela.
- (Pasean en direcciones opuestas. El Baron sale y
pasea tambien: de pronto se para.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, BARON.

BARON. No me cabe duda ya;
hay una intriga en palacio.

VILLAV. ¿Qué decís, Baron?

BARON. Despacio.

Chist... marqués... Venid acá.

El Austria... (Acércase Figueroa.)

FIG. No prosigais.

Si no me fallan mis cuentas,
Austria se halla á cuatrocientas
leguas de Madrid... Tomais
muy largo el viaje.

BARON. No acierto,
ni comprendo que eso importe...

FIG. Cuando lleguéis á la córte
ya todos nos hemos muerto.

BARON. Mi diplomacia...

FIG. Es desgracia
que me habléis de ella.

BARON. Por qué?

FIG. Por qué? porque yo no sé
para qué es la diplomacia.

BARON. Es lo más grande y profundo.

FIG. Debe tener su busilis.

BARON. Marqués, me exaltáis la bilis.

FIG. Mientras yo vea que el mundo
se destroza en mil pedazos,
y las más sábias naciones
saldan todas sus cuestiones
á fuerza de cañonazos,
juro á fe de caballero
que por ridícula y fútil
es la ciencia más inútil
que existe en el mundo entero.
(Váse á pasear por el fondo.)

BARON. Está loco.

VILLAV. Rematado.

Mas su locura dejad.

BARON. Bien decís.

VILLAV. ¿Qué hay de verdad
en la intriga?

BARON. Está probado.

Un hombre que va y que viene,
que lleva oculta la cara,
que medita, que se para,
que sigue, que se detiene,
que tose, que mira aquí
y que el relente desprecia,
á ese hombre le envía Suecia
á conspirar contra mí.

VILLAV. Contra vos? (Já! já! já! já!)

BARON. Sí; yo se que en Stokolmo
saben que me hallo en el colmo
del favor... y claro está,
es...

VILLAV. Dos damas se aproximan.

BARON. Pues chiton: son las mujeres
unos desdichados seres
que no comprenden ni estiman
las intrigas diplomáticas
que salvan á una nacion.
Por esta misma razon
jamás me fueron simpáticas.

VILLAV. Y sois Baron?

BARON. Se lo debo
al rey don Cárlos segundo.

VILLAV. Ya se conoce.

BARON. En él fundo
mi baronía.

VILLAV. Lo apruebo.

(El Baron se adelanta á recibir á Laurencia y á
Beatriz.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, LAURENCIA y BEATRIZ.

BARON. Y el marqués, en dónde está?

BEATRIZ. Admirando la elocuencia
snblime de su eminencia.

- LAUR. Tres cuartos de hora hace ya
que dió principio á su plática
sobre el deber del casado.
- VILLAV. Y qué dice el Purpurado?
- BARON. Que esa es cuestion diplomática.
- BEATRIZ. No dijo tal.
- LAUR. ¡Qué simpleza!
- VILLAV. Diría del matrimonio
que el quiz está en que el demonio
no meta en él la cabeza.
- LAUR. Tampoco.
- VILLAV. Pues con perdon
de vuestra opinion, Laurencia,
yo creo que su eminencia
se ha guardado su opinion.
En el conyugal consorcio
este dilema es el cierto:
ó vivir en el desierto
ó vivir en el divorcio.
- LAUR. Qué atrocidad!
- BEATRIZ. Segun vos,
para vivir en la tierra...
- LAUR. Es preciso estar en guerra
con los mandatos de Dios.
- VILLAV. Qué, Dios nos manda casar?
Yo soy célibe...
- LAUR. Insensato!
Si se extiende el celibato,
¿dónde vamos á parar?
- BARON. Alto! cuestion problemática
es esta...
- LAUR. (Irónicamente.) No puede ser!
No la podeis resolver
por la vía diplomática.

ESCENA X.

LOS MISMOS, GUEVARA.

- GUEV. Gracias á Dios que he podido
por un momento escapar...
Beatriz mia! No sabes

con cuánta y cuánta ansiedad
estaba por verte.

VILLAV. Vamos,
que esta vez el cardenal. .

GUEV. Calla, calla, Villavela;
no me hables de él, por piedad.
(Volviéndose á Beatriz.)
Gracias á Dios que al fin puedo
ser de mi dama el galan.
No es cierto?

BEATRIZ. Cierto.
(Laurencia y Villavela se acercan á Figueroa.)

BARON. ¿Y á la reina,
la habeis hablado?

GUEV. Sí tal.

BARON. Y á la infanta?

GUEV. Hablé á la infanta.

BARON. Y al príncipe?

GUEV. Le hablé ya.

BARON. (Poniéndose en medio de Beatriz y Guevara y
enlazando el brazo de éste con el suyo.)

Pues ahora, sobrino mio,
iremos á saludar
al duque de Tras-os-montes,
que viene de Portugal
y ha estado siempre en Belen.

GUEV. ¡Cómo!

BARON. En el palacio.

GUEV. ¡Ah!

BARON. Vais á divertirlos mucho
oyéndole relatar
su vida; tiene ochenta años.

GUEV. Pero señor, no es igual
que me presenteis mañana?

BARON. ¿Qué decís?

GUEV. Yo...

BARON. Loco estais.
Os he anunciado.

BEATRIZ. Qué importa?

GUEV. No da lo mismo?

BARON. No da.

Las cuestiones de etiqueta

tienen mucha gravedad.
Si os oyera vuestro padre,
mi hermano, el conde de Algar;
él, que tuvo un duelo á muerte
con don Diego de Almazan
por un punto de etiqueta.

BEATRIZ. Eso sería quizás...

BARON. En el bautizo del príncipe.
Don Diego quiso tomar
el salero, y vuestro padre
con entera dignidad
dijo: «venga ese salero,
que yo le debo llevar.»
Y entre dimes y diretes
tras una lucha tenaz
cayó el salero... y al príncipe
le bautizaron sin sal.

GUEV. ¿Cómo, qué?

BARON. Es decir, le echaron
una poca y nada más.
Pero conste que ante todo
la etiqueta.

GUEV. Bien está.

(Á Beatriz.) (Beatriz mía, esperadme
en la antecámara real,
que pronto vuelvo: esta ausencia
por breve espacio será.
Si viérais cuánto deseo
verme tranquilo en la faz
donde tiene el alma mía
su más hermoso cristal!)

BARON. Ejem! ejem!

GUEV. (Aguardadme.

BEATRIZ. Con impaciencia, don Juan.

GUEV. Siglos son estos momentos
que están trascurriendo; ya,
ya sois mía y sin embargo
mi voz no os puede expresar
la loca pasión ardiente
que aquí fermentando está.)

BARON. Ejem!... ejem!

GUEV. (Por mi vida!

qué toser tan pertinaz.)
(Pudiera un furtivo beso (Á Beatriz.)
en esa mano estampar;
mas no, mi bien; temblorosa
no así la vista volvais.
Más que ese beso furtivo
me place á mí contemplar...)

BARON. Ejem!...

GUEV. (Furioso.) ¡Abur!!

TODOS. ¡Qué!

BARON. ¡Sobrino!

GUEV. Dejadme, señor, en paz.

BARON. Á dónde vas tan corriendo?

GUEV. Á la torre de San Juan
á tirarme de cabeza. (Vásc.)

BARON. Sin ver al de Portugal!

No puede ser. (Vásc.)

VILLAV. Voy corriendo.

LAUR. Si no, se va á suicidar.

VILLAV. Tengo una idea!...

LAUR. Salvadle.

BEATRIZ. Qué Baron!

LAUR. Já! já! já! já!

ESCENA XI.

LAURENCIA, BEATRIZ y FIGUEROA.

BEATRIZ. Voy á esperar á Guevara
á la antecámara real.

LAUR. No, Beatriz, no es posible;
tenemos las dos que hablar.

BEATRIZ. Me ha dicho que le esperára.

LAUR. Sí, sí, lo comprendo; mas
los maridos muchas veces
tienen tambien que esperar.

BEATRIZ. No os comprendo.

LAUR. Permitidme,
marqués?

FIG. Laurencia.

LAUR. Escuchad,

Sin pérdida de un instante

id al paje Sandoval
y decidle estas palabras:
«que ya.»

FIG.

¿Que ya?

LAUR.

Sí; «que ya.»

Perdonadme si ahora callo.

FIG.

No, no, perdonada estais.

Será de fijo un asunto
de Estado.

LAUR.

Trascendental.

FIG.

Pues yo en asuntos de Estado
de la mayor gravedad,
ni me importan cómo vienen,
ni me importan cómo van. (Váse.)

LAUR.

Confesemos que el marqués
tiene un talento especial.

ESCENA XII.

LAURENCIA, BEATRIZ.

LAUR.

Beatriz, gracias á Dios
que puedo hablaros un punto
de un asunto... de un asunto
que importa mucho á las dos.

BEATRIZ.

No entiendo.

LAUR.

¡Pobre marquesa!

BEATRIZ.

Pero decid, ¿qué ha pasado?

LAUR.

¿Presumís que os han casado
porque á vos os interesa?

BEATRIZ.

Sí.

LAUR.

No tal: en interés
de una intriga cortesana.
Dicen que sois alemana
y os casan con un francés.

BEATRIZ.

Pero...

LAUR.

Un plan encantador
del Baron.

BEATRIZ.

Qué?

LAUR.

De él proviene.
Como el bando austriaco tiene

en las damas gran vigor,
va á afianzar en dos meses
la moderna dinastía,
matando la soltería
entre austriacos y franceses.

BEATRIZ. ¿Conque es decir que si yo
no hubiera amado al marqués
me hubieran casado?

LAUR. ¡Pues!
con el moro Muza.

BEATRIZ. Oh!
¿Y no es una torpe audacia?

LAUR. Aún vivía en este mundo
el rey don Cárlos segundo,
que el Señor tenga en su gracia.
Un día de besamanos,
mas que ninguno brillante,
dijo la reina delante
de todos sus cortesanos:
«Felicidad á Laurencia;
»la he buscado un gran marido:»
y acercándose á mi oído,
dijo con indiferencia:
«Tu prometido es de miel;
»pero es un poco maniaco,
»y á fin de que se haga austriaco
»te voy á casar con él.»
La córte entonó una loa
con mil frases lisonjeras,
y que quieras que no quieras
me unieron á Figueroa.

BEATRIZ. ¿Y vos quizás os casásteis
con él, sin amarle?

LAUR. Al pronto
me pareció un poco tonto.

BEATRIZ. ¿Despues de opinion variásteis?

LAUR. Yo no, no tenía alicion
al matrimonio... despues,
casada con el marqués,
ya he variado de opinion.
Esa conducta calmosa
que extrema con pertinacia,

á mí me hace mucha gracia,
y le quiero y soy celosa.
Porque el marqués con su calma
sabe rendir altanero,
á los hombres el acero,
y á las mujeres el alma.

BEATRIZ. Y yo que creí, inocente,
que el rey nuestra union quería...

LAUR. Sí; pero el rey no sabía
que el dia precisamente
de vuestra union, acordada
por un cortesano enredo,
vendría desde Toledo
para vos una embajada.

BEATRIZ. ¡Cómo!

LAUR. La reina...

BEATRIZ. ¡Ay de mí!
Tiemblo.

LAUR. Iguales agonías
hace tres ó cuatro dias
pasé yo tambien.

BEATRIZ. ¿Vos?

LAUR. Sí.

BEATRIZ. La reina doña Mariana
qué quiere, ya en el destierro?

LAUR. Vencer, si no con el hierro
con la intriga cortesana.

BEATRIZ. ¿Y quiere que yo le dé
aquí mi ayuda?

LAUR. Sin duda.

BEATRIZ. Pues yo le niego mi ayuda.

LAUR. Yo tambien se la negué.

BEATRIZ. En toda la creacion
hay un ser más pusilánime,
un grito me deja exánime
y tiemblo al ver un raton.

LAUR. Y la intriga es peligrosa.

BEATRIZ. Yo no tengo más partido
que el amor de mi marido;
pues no faltaba otra cosa.

LAUR. Y que nos pueden matar.

BEATRIZ. Ay! (Dando un grito.)

LAUR. Si lo saben...

BEATRIZ. No, no.

LAUR. Yo no puedo!...

BEATRIZ. Pues y yo,

que me acabo de casar.

(Compungida.) ¡Por qué me casé en palacio!

Fuera mejor, más sencillo

en nuestro hermoso castillo

de la Provenza. El espacio

que allí se abarca es más bello;

árboles, flores, palmas,

el aire con más aromas,

el sol con mayor destello.

Ay Dios! Laurencia... ¿qué afán

podiera el alma sentir

si allí pudiera vivir

con mi adorado don Juan.

(Suenan los acordes de un instrumento de cuerda.)

LAUR. Oís?

BEATRIZ. Sí, sí...

LAUR. Quién será?

Llega á tiempo el trovador

para aliviar el dolor

que sentís, marquesa.

BEATRIZ. Ah!

(Escuchan. Pausa.)

LAUR. Recuerdos de la niñez.

BEATRIZ. Tal vez al verme alejada

me envían una balada

de la Provenza.

LAUR. Tal vez.

(Suenan unos golpes leves en la puerta secreta.)

BEATRIZ. Laurencia, un golpe sonó.

LAUR. Se anuncian como conviene.

BEATRIZ. Vos sabéis?...

LAUR. Sé á lo que viene

quien viene, su nombre no.

(Bajando la voz.) Hace tiempo que hay aquí

un pasadizo secreto

que llama el vulgo indiscreto,

del amor.

BEATRIZ. Del amor?

LAUR.

Sí!

Guarda en su historia un tesoro
de lances y de aventuras...
El pasadizo está á oscuras.

BEATRIZ. Pero...

LAUR. Y da al Campo del Moro.

BEATRIZ. Y bien?

LAUR.

Por ese endiablado
corredor, siempre temido,
de todo el mundo sabido,
de todo el mundo ignorado,
va á salir, embajador
de la reina desterrada,
el que da en esta jornada
pruebas de inmenso valor.
Entrar con él en la intriga
fuera necio, no os lo oculto;
no verle, fuera un insulto
á la reina y á la amiga.
El rey está preocupado
refiriendo en este instante
yo no sé qué interesante
noticia del Principado...
Esta puerta da al jardin
y nadie viene por ella,
yo estaré guardando aquella
que da ingreso al camarín
de las damas de servicio,
donde la córte se halla.
Demos la última batalla,
hagamos un sacrificio.

(Abre la puerta secreta.)

BEATRIZ. Temblando estoy.

LAUR.

Salid.

(Aparece D. Fernando cubierto el rostro con un
antifaz.)

BEATRIZ. (Retrocediendo.)

Ah!

LAUR. En riesgo estais. (Á D. Fernando.)

FERN.

Me acomoda.

LAUR.

(Vaya una noche de boda!)

Valor! (Á Beatriz.)

Adios. (Ap. Fernando.) (Quién será.)

ESCENA XIII.

BEATRIZ, D. FERNANDO.

- BEATRIZ. (Y que me suceda esto
en una noche tan crítica.)
- FERN. Beatriz! (Quitándose el antifaz.)
- BEATRIZ. Vos, don Fernando?
¿No es una ilusion mentida?
Sois vos... y en palacio.
- FERN. Es fuerza
que leais esta misiva
á solas y que esta noche
me deis respuesta cumplida.
Se trata del archiduque;
nadie de vos desconfía
y estais de todo enterada.
En vos, Beatriz, estriba
la paz de Europa.
- BEATRIZ. De Europa?...
Pues la Europa está perdida.
- FERN. Qué decís?
- BEATRIZ. Lo sé yo acaso?
- FERN. Oh!
- BEATRIZ. Perdonad.
- FERN. Cómo! esquivá
tambien os negais al ruego
de la reina vuestra amiga?
- BEATRIZ. Yo...
- FERN. Contestad.
- BEATRIZ. Don Fernando,
ya mi voluntad no es mia.
- FERN. No entiendo.
- BEATRIZ. ¿Lejos de España
habeis estado?
- FERN. Por dicha!
que han pasado tales cosas
en mi patria y mi familia,
que á no llamarme la reina
no hubiera vuelto en mi vida.

BEATRIZ. Pues bien: sabed, don Fernando,
que estoy para siempre unida
con el marqués...—No irritado
volvais contra mí la vista.—
Con el marqués... de Guevara.

FERN. Dios de Dios!

LAUR. Con él...

FERN. Maldita
casualidad! Siempre, siempre
viene á cruzarse en mi misma
senda. Pues bien, entregadme
á él.

BEATRIZ. Me juzgais tan mezquina!

FERN. Él quiere á Felipe quinto,
yo le odio.

BEATRIZ. Virgen Santísima!
Callad.

FERN. Oh! Doña Mariana
por todos se halla vendida.
Casada con vos don Juan
sereis tambien su enemiga.

BEATRIZ. Jamás. jamás. Dios me libre..

FERN. Entónces sereis su adicta
partidaria.

BEATRIZ. Yo, señor..

FERN. Responded.

BEATRIZ. No sé qué os diga.
Hace una hora estoy casada,
y en lugar de las delicias
de un amor ferviente y puro,
me encuentro de pronto hundida
en un tenebroso piélago
de complicadas intrigas.
Yo quiero mucho á la reina,
y á vos, y al Austria... y daría
mi sangre por ella!.. pero,
atrás la torpe mentira;
lo que quiero ántes que todo
es que me dejen tranquila
con mi marido, gozando
de su amor y sus caricias,
que son mi mayor encanto;

- FERN. yo no tengo otra política. (Pausa.)
Bien está!
- BEATRIZ Perdon, si os hablo
segun el alma me dicta.
- FERN. Bien está! Pues que la suerte
lo quiere y el trance obliga,
yo os enseñaré lo que hacen
las almas agradecidas.
De aquí no salgo sin que ántes
contesteis á esta misiva.
- BEATRIZ. Señor...
- FERN. Leedla ó rompedla;
me importa poco la vida.
- BEATRIZ Pero observad...
- FERN. Nada observo.
- BEATRIZ Pero ved...
- FERN. Nadie os obliga.
- BEATRIZ. Vuestra existencia...
- FERN. ¿Qué vale?
- BEATRIZ. Ay Dios!
- FERN. Cuestion decidida.
- BEATRIZ. Habrá un ser más desdichado?
Si os cogen...
- FERN. Me descuartizan;
mas yo no llevo á la reina
una nueva negativa.
- BEATRIZ. Pues bien, entregadme el pliego.
- FERN. Tomadle...
- BEATRIZ. Gran Dios!
- FERN. (Ya es mia!)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, junto á la puerta secreta, VILLAVELA y GUEVARA, con una vihuela en la mano, salen por la puerta que da al jardin.

- GUEV. Quedo!.. Voy á sorprenderla.
- VILLAV. Fué una idea peregrina
la que tuvimos.
- GUEV. Apuesto
á que se halla embebecida
Beatriz.

- VILLAV. Oh! sí!
- GUEV. Esperando
á que el trovador repita
el tierno canto.
- VILLAV. (Cómicamente.) Asomada
al ajimez... Voto á cribas
que eres extremado en estos
lances.
- GUEV. Aficion antigua.
Más ¡cielos!
- VILLAV. Qué?
- GUEV. Villavela,
¿qué es lo que mis ojos miran?
Un hombre.
- VILLAV. Cubierto el rostro.
- GUEV. Oh!...
- VILLAV. Escuchemos.
- BEATRIZ. (Á D. Fernando.) Aunque tímida,
esta vez seré valiente
porque sois vos quien me anima.
Lazos unen nuestras almas,
lazos que jamás se olvidan.
- GUEV. (Villavela, estás oyendo
esto?
- VILLAV. ¡Diablo con la niña!
- BEATRIZ. Aquí á las diez os espero,
sed muy puntual á la cita.
(D. Fernando desaparece por la puerta secreta.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, ménos D. FERNANDO.

- GUEV. (Estoy soñando? Estoy ciego?
- VILLAV. No tal, despierto y con vista.)
- GUEV. Señora!
- BEATRIZ. Cielos! Guevara?
- GUEV. Quién es ese hombre?
- BEATRIZ. (Perdida
soy!)
- VILLAV. (Qué tal? El matrimonio
es la cosa más bonita!...)

- ¡La misma noche de boda!
- GUEV. Hablad.
- BEATRIZ. (Turbada.) Guevara!
- GUEV. En seguida,
que esa turbacion, señora,
mis sospechas justifica.
- VILLAV. Silencio, que llega gente.
(Cogiéndole del brazo.)
- GUEV. Qué me importa?
- VILLAV. Hay una cita,
tiempo tienes de vengarte
y en ocasion más propicia.
- GUEV. Y ha de torturar mi alma
la incertidumbre maldita?
- VILLAV. Calla, que nadie se entere.
- GUEV. Tienes razon.
- BEATRIZ. (Ap.) (¡Qué agonía!)

ESCENA XVI.

DICHOS, LAURENCIA, FIGUEROA, BARON y CABALLEROS.

- BARON. Sobrino, un abrazo... tres...
ciento... Ah! mi alma se enagena.
- LAUR. Recibid mi enhorabuena!
- CAB. 1.º Os felicito, marqués.
- OTRO. Y yo con afan sincero.
- UNA DAMA. Es un cargo peregrino.
- BORON. No te quejarás, sobrino.
Ya eres montero!
- GUEV. Montero!
- BARON. Es la plaza de las plazas!
De gran lustre y mucho honor.
Eres montero mayor
y dirigirás las cazas
del rey; ya te veo osado
en el sangriento *halalí*,
bien matar al jabalí,
ora el ciervo, ya el venado.
Se alegra la córte toda...
Vedle, de gozo palpita.
(Á Figueroa.)

¿Qué os parece la placita?

FIG. Un gran regalo de boda.

BARON. Es muy justo.

FIG. Me lo explico.

BARON. Lo merece.

LAUR. Sí señor.

BARON. ¡Ya eres montero mayor!
¡Qué suerte tiene este chico!

(Todos rodean á Guevara felicitándole. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

THE [illegible]

[illegible text]

[illegible text]

[illegible text]

[illegible text]

[illegible text]

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ y LAURENCIA.

- LAUR. Gracias al cielo que á solas
podemos vernos y hablarnos.
Qué os pide doña Mariana?
- BEATRIZ. Un imposible ; juzgado
por esta carta, que he escrito
llena de dolor y espanto.
- LAUR. (Leyendo.) «Señora: quieren los cielos
»que unida en eterno lazo
»con el marqués de Guevara,
»vuestro leal adversario,
»mis más ardientes deseos
»venzan deberes más altos.
«Daros detalles y nombres
»de amigos y de contrarios,
»fuera pagar con infamia
»al que su nombre me ha dado.
»Nada puedo prometeros
»ni nada debo contaros,
»que ataja el honor mi pluma
»y el temor sella mis labios.»
—Bien, muy bien, perfectamente;
no dijera más el áulico
más grave y sesudo.—Veo
- :

que el estilo epistolario
os es familiar.

BEATRIZ. ¡Laurencia!...

LAUR. Ya hemos salido del paso.
—Ah! decidme, porque tengo
una ansiedad que no paro
de... ¿Quién és el de la máscara?

BEATRIZ. ¿Quién és?...

LAUR. Si, sí. ¿Campuzano
quizás?

BEATRIZ. No.

LAUR. Liria?

BEATRIZ. Tampoco.

LAUR. Toledo?... Almodóvar?... Grávalos?...

BEATRIZ. Perdonadme; un juramento
pone en mi boca un candado.

LAUR. Un juramento?

BEATRIZ. No es mio
el secreto.

LAUR. Bien, me callo;
nada me importa saberlo!
(Por saberlo estoy que rabio.)

BEATRIZ. Laurencia?

LAUR. ¿Qué? (Va á decírmelo.)

BEATRIZ. Tenía que demandaros
un favor.

LAUR. Decid.

BEATRIZ. Quisiera,
á ser posible lograrlo,
no hallarme con mi marido
á solas.

LAUR. Cómo!... es extraño!

En fin, si vos...

BEATRIZ. Ah! no importa
que halleis el empeño raro.
Yo os explicaré mañana...

LAUR. No, Beatriz; yo no trató
de saber... ¿Y hasta qué hora
quereis estar libre?

BEATRIZ. El plazo
es muy corto; una hora basta.

LAUR. Ciertamente, no es muy largo.

Son las nueve y cuarto...

BEATRIZ. Justo.

LAUR. Conque hasta las diez y cuarto.
¿No es esto?

BEATRIZ. Sí.

LAUR. Pues tranquila
quedad... cumpliré el encargo.

BEATRIZ. Oh! gracias, Laurencia.

(El Baron, pensativo, sale por la derecha.)

LAUR. Entro
en la intriga á ciegas.

ESCENA II.

DICHAS, BARON.

BARON. Diab!o!

¿Vos entráis en esas cosas?

LAUR. (Con gravedad cómica.)

Sí señor; cõtra el austriaco.

BARON. ¿Es posible? (Con alegría.)

LAUR. Y la marquesa.

BEATRIZ. Yo?...

LAUR. Tenemos un plan magno
para destruirlo.

BARON. ¡Bueno!

LAUR. Para aniquilarlo.

BARON. ¡Bravo!

Yo os diré tambien mis planes...

LAUR. Cuando estemos más despacio.

BARON. En dos palabras los digo.

LAUR. Idos, Baron, madurando;
que Austria sabrá agradeceros
si le dais algun descanso.
Venid conmigo, Beatriz. (Saludan.)

BEATRIZ. (Fío en vos.

LAUR. Perded cuidado.) (Vánse.)

ESCENA III.

BARON.

Pues señor, muy bien; la intriga

irá de hoy más viento en popa.
¿Qué ha de salvar á la Europa?
La liga! justo... la liga.
Ella en unos cuantos meses
dará al Austria mucha guerra.
Sí... ¿pero qué hará Inglaterra?
No puedo con los ingleses...
Oh! pero en Rusia confío:
pondrá sobre el mar de Azof
una escuadra... y Romanof...
lo que es Romanof es mio.
Con recursos tan extremos
salvaré de fijo á España;
pero y si la gran Bretaña?...
Meditemos... meditemos...
Claro... si... justo... cabal.
Y si es que despues sucede
que el Austria... porque bien puede
suceder... en caso tal,
apoyando mi opinion
Francia, Portugal y Prusia
y el valle de Andorra y Rusia;
aunque la pérfida Albion
y el Stathouder de Holanda
y el gran Vaivoda y Venecia
y Austria, y las Marcas y Grecia,
rechazasen mi demanda...
Hartos motivos habría
para que posible fuese
que ocurriese... y si ocurriese...
no sé lo que ocurriría.

ESCENA IV.

BARON, GUEVARA.

GUEV. ¿Dónde estará mi mujer?

BARON. Señor marqués...

GUEV. ¿Habeis visto

á mi mujer?

BARON.

Sí.

- GUEV. ¡Por Cristo!
- BARON. Ahora la acabo de ver.
- GUEV. ¿Sola?
- BARON. No á fe, acompañada.
- GUEV. ¿Y quién estaba á su lado?
- BARON. Un poderoso aliado;
es decir, una aliada.
Laurencia.
- GUEV. ¿Laurencia?
- BARON. Si.
Por cierto que cuando yo
llegué aquí, me pareció
que las dos.. Lo que es á mí,
que todo lo pillo al vuelo...
- GUEV. Mas...
- BARON. (Con misterio.) Beatriz y su amiga
se ocupaban de una intriga.
- GUEV. ¿De una intriga?...
- BARON. Sí; y recelo
cuál es.
- GUEV. Y yo.
- BARON. ¿Tambien?
- GUEV. Sí.
- BARON. Alta política.
- GUEV. Oh!...
- BARON. Contra mí se intriga.
- GUEV. (No,
que se intriga contra mí.)
- BARON. Conocen ya mi energía;
la reina doña Mariana
sabe que es mi soberana
la reina doña María...
- GUEV. (Abstraido siempre.)
Están de acuerdo las dos!
- BARON. Austria y Suecia; sí, no hay duda.
- GUEV. Pero si el cielo me ayuda...
- BARON. Venceremos!
- GUEV. Sí por Dios!
- BARON. (Con mucho misterio.)
Hay un hombre que va y viene.
- GUEV. (Con calor.) Que lleva oculta la cara.
- BARON. Y que corre.

- GUEV. Y que se para.
BARON. Y que avanza...
GUEV. Y se previene.
BARON. Que mira impávido aquí.
GUEV. Que nos deshonra y desprecia.
BARON. Á ese hombre le envía Suecia
á conspirar contra mí.
GUEV. (Separándose con disgusto del Baron.)
(Por mi fe! Cuán necio he sido!...
Me olvidaba que el Baron
sólo piensa...)
BARON. En conclusion;
yo he tomado mi partido.
Tú debes dar testimonio...
Ah!... Sonsaca á tu mujer.
GUEV. Ojalá lo pueda hacer.
BARON. Quién te lo impide?
GUEV. (¡El demonio!)
BARON. Emplea gran perspicacia.
GUEV. Descuidad.
BARON. Y mucho tino,
y sobre todo, sobrino,
diplomacia... diplomacia.

ESCENA V.

LOS MISMOS, VILLAVELA, con viveza.

- VILLAV. Por fin, Guevara, estoy libre;
mi servicio terminé.
Beatriz te ha confesado?..
GUEV. Aún no la he podido ver.
BARON. (Estos se ocupan del Austria
y me lo ocultan.)
VILLAV. Pardiez!
No averiguaste?..
GUEV. Yo nada.
BARON. Yo todo lo averigüé.
VILLAV. (Que no habrá visto al Baron.)
¿Vos, Baron?
BARON. De pé á pá.
VILLAV. El caso es grave.

- BARON. Lo es.
(El Baron en medio de Villavela y Guevara.)
- VILLAV. Ser traidora el primer día. (Guevara tose.)
- BARON. Pero si siempre lo fué,
si está en su historia.
- VILLAV. En su historia?
- BARON. Y en su sangre.
- VILLAV. Por Luzbel!
Entónces por qué habeis hecho
esta alianza?
- BARON. Por qué?...
- VILLAV. Por lo mismo!
- VILLAV. Pues me gusta!
Pero Baron, si ella es
una infame...
- BARON. Que lo sea;
mejor para todos.
- VILLAV. Eh?
- BARON. Voy á borrarla del mapa.
- VILLAV. Del mapa?
- BARON. Lo habeis de ver.
- VILLAV. No me parece oportuno.
- BARON. De estas cosas qué entendeis?
El Austria...
- VILLAV. Ah! Vamos... el Austria!
- GUEV. (Ay! me has hecho padecer
de un modo!...
- VILLAV. Si yo creía
que me estaba hablando de...)
(Siguen hablando.)
- BARON. Yo pondré sobre el Danubio
un ejército; despues
le atravieso...
- VILLAV. (Á Guevara.) Justamente,
eso cumple á tu altivez;
le atraviesas con tu espada.
- BARON. Pero si no puede ser,
porque el Danubio...
- GUEV. Si ahora
no hablábamos...
- BARON. Ya! pensé!...
- VILLAV. (Este Baron me marea.)

- BARON. Voy al punto á ver al rey,
á darle noticia exacta...
- GUEV. Sí, sí, tío...
- VILLAV. Bien haceis.
- BARON. Y si logro de este ovillo
el hilo oculto coger ..
¿Quién podrá ya disputarme
la embajada?... ¿Quién?
- GUEV. (Con sarcasmo.) ¿Quién?
- VILLAV. (Con sorna.) ¿Quién?
- BARON. Nadie en el mundo.
- VILLAV. (Á Guevara.) (Tu tío
lo ya á echar todo á perder.)
- BARON. Adios!
- GUEV. y VILLAV. Adios!
- BARON. (Yéndose.) Qué hará Rusia?...

ESCENA VI.

VILLAVELA, GUEVARA.

- VILLAV. Gracias á Dios que se fué!
Conque Guevara, en resúmen,
no hablaste con tu mujer?...
- GUEV. Aún no he podido.
- VILLAV. ¡Pero hombre!
- GUEV. Siempre tiene cinco ó seis
al retortero... Yo creo
que huye de mí.
- VILLAV. Puede ser.
¿De modo que nada sabes?
- GUEV. Nada.
- VILLAV. Yo sí.
- GUEV. Tú?
- VILLAV. Yo sé
qué resorte ha dado entrada
al atrevido doncel.
- GUEV. Qué dices?
- VILLAV. Un mayordomo
que ha servido en su niñez
al rey don Felipe cuarto
me ha dado detalles... Ven.

Esta línea medio oculta
viene á parar al dintel.
Contemos los rosetones,
uno, dos, tres, cuatro, seis;
aquí debe estar... ¡qué diablos!
no cede...

GUEV. Empuja otra vez.

VILLAV. En el sétimo me dijo...
Ahl... por mi nombre... aquí es!
(Ábrese la puerta secreta.)
Mira si estaba seguro.

GUEV. Por aquí, por aquí fué.

VILLAV. Cierto, por aquí incrustóse
como un molusco.

GUEV. Y qué hacer?

VILLAV. Buscar al vil y tenderle
de una estocada á mis piés.

GUEV. Pero en palacio?...

VILLAV. Qué importa?...

GUEV. Hay que tener sensatez;
y luégo... que yo... no puedo,
que no es posible creer
que así Beatriz me engañe.

VILLAV. Tienen ojos y no ven!
Todos son la mismo! ¿Dudas
que ella engañe si es mujer?
La mujer engaña siempre;
de niña por candidez,
de catorce á veinte años
por amoroso interés;
de los veinte á los cincuenta
por calculado placer,
y de los cincuenta arriba
pretende engañar también,
ya que no puede á los hombres,
á los santos.

GUEV. Pero...

VILLAV. Vé,
vé á la iglesia y las oirás
decir diez veces y cien
á los piés de Santa Rita:
«Santa Rita, haced, haced

»que vaya al cielo. Ya estoy
»arrepentida.» Claro es,
cuando se mueren de viejas
entonan el «yo pequé;»
pero ántes de darse á Dios
se han hartado de Luzbel. (1)

GUEV. Sin embargo, hay excepciones.

VILLAV. Yo he buscado y no encontré...

Y ya que hablamos ahora
de buscar... es fuerza ver
á dónde conduce esa
espantosa lobreguez.

GUEV. Es verdad.

VILLAV. Tú es necesario
que aguardes aquí, marqués.

GUEV. Corriente.

VILLAV. Vuelvo al momento.

(Mirando á Guevara.)

(Yo le aconsejaba bien!

Como encuentre al Minotauro
le divido de un revés.)

ESCENA VII.

GUEVARA.

Bonita noche de novios!

Bonita boda logré!

Bonita vida me espera!

Bonita luna de miel!

Las letrillas en la córte

están en boga; veré

dentro de poco en letrilla

mi título de marqués,

y aumentarán su catálogo

Figueroa y su mujer. (Pausa.)

Pero señor, ¿es posible

que abrigue tanta doblez?

(1) El actor suprimirá esta relacion si lo cree conveniente.

Ah! sí... las amantes frases
que hace un momento escuché
dirigidas á otro hombre...
Desde su tierna niñez
sola está, perdió á sus padres...
la reina su amparo fué,
no tiene ningun pariente...
Mi tio le dijo al rey
que era yo el primero... ¿Y qué?
acaso sabe mi tio
lo que dice alguna vez?
Pensaría en algun pacto
ruso, polaco ó francés
y se metió en las Batuecas
y allí me buscó un cordel...
Pues señor, vuelvo á mi tema.
¡Bonita boda logré!
Bonita vida me espera!
Bonita luna de miel!

ESCENA VIII.

GUEVARA, VILLAVELA.

VILLAV. Uff! Gracias á Dios.

GUEV. ¿Qué has visto?

VILLAV. Ver? no es muy fácil ver
ahí dentro.

GUEV. Pero qué has hecho?

VILLAV. Dar muchísimos traspies,
despellejarme las manos,
estrellarme en la pared
y hacerme cada chichon
del tamaño de una nuez.

GUEV. Y eso es todo?

VILLAV. Y te parece
poco?... Diantre!

GUEV. Pero bien...

VILLAV. Al final de ese maldito
corredor hay un cancel
que da al jardin de palacio.
Debe la llave tener

ese amador encubierto;
pero no importa... la red
está tendida... y te juro
que no ha de escaparse el pez.
Tengo un plan que es infalible.

GUEV. Un plan?

VILLAV. Sí.

GUEV. Dime cuál es.

VILLAV. Antes de todo es preciso
que te declare la infiel
su crimen, y ya patente
la traicion y avilantez,
tú te encargas de ella...

GUEV. Pero...

Y yo me encargo de él.

VILLAV. Nada; lo dicho, Guevara;
vé á buscar á tu mujer.

ESCENA IX.

GUEVARA.

Es verdad; lo urgente es
que interrogué sin demora
á Beatriz... Voy ahora
á la cámara... (Se dirige por la derecha.)

ESCENA X.

GUEVARA, LAURENCIA.

LAUR. (Deteniéndole.) ¡Marqués!

GUEV. Laurencia... (Suerte infeliz!)

LAUR. Dónde vais con paso tal?

GUEV. Á la antecámara real
en busca de Beatriz.

LAUR. (Aquí de la astucia mia.)

(Cogiéndole del brazo.)

Hace poco sois marido,
y ya habeis dado al olvido...

GUEV. El qué?

LAUR. La galantería.

- GUEV. Ah, no, Laurencia, eso no.
¿En qué os he faltado?
- LAUR. Á ver?
Vengo y echais á correr.
Acaso os asusto yo?
- GUEV. Es que quiero...
- LAUR. (Sin dejarle hablar.) Vine aquí
porque he creído notar
que teneis algun pesar,
un pesar... ó cosa así.
No me lo negueis, Guevara,
porque no es ningun misterio;
estais ponsativo y serio...
si se os conoce en la cara.
- GUEV. Pero...
- LAUR. Sí tal... y os alegra
el encontraros conmigo
para distraeros.... digo,
yo no soy ninguna suegra...
Ya que estais tranquilo así...
- GUEV. Yo...
- LAUR. Por vuestro bien me inmoló.
- GUEV. Pero...
- LAUR. Ya no os dejo solo
ni un sólo instante.
- GUEV. (Ay de mí!)
Es que ahora precisamente...
- LAUR. Sé lo que vais á decirme;
estaría yo en lo firme
al sospechar...
- GUEV. Francamente...
- LAUR. Si felicidad y amor
logra todo el que se casa,
¿qué os pasa, marqués, qué os pasa,
que estais de tan mal humor?
¿Por qué una arruga tenaz
en vuestra frente se imprime?
¿Qué desventura os oprime?
Qué nube turba la paz
de vuestra union venturosa?...
El enigma descifradme;
vamos, marqués, contestadme

por Dios, que soy muy curiosa.

GUEV. Pues bien, Laurencia. . .

LAUR. Sí, hablad

y no os mostreis tan rehacio;
todo se sabe en palacio...

GUEV. (Ah!)

LAUR. Qué decís?

GUEV. (Es verdad.)

Buena idea... mi mujer
de Laurencia se acompaña:
veré si puedo con maña
ó descubrir ó entrever...)

(Pausa. Acercándose á Laurencia misteriosamente.)

Lo sé todo!

LAUR. Todo?

GUEV. ¡Sí!

LAUR. (Sobresaltada.) (¡Sabrá la intriga política?)

GUEV. Mi situacion es muy crítica.

LAUR. (Y la nuestra.)

GUEV. Yo le ví!

LAUR. (El marqués es adversario,
y si llegó á sus oídos...
todos estamos perdidos,
y en gran riesgo el emisario.)

GUEV. (Despues de una pausa.)

Todas son lo mismo.

LAUR. Todas?

GUEV. No hay desengaño más cruel:

¡Descubrir que no me es fiel

el día de nuestras bodas!

Que su honor no se halla ileso:

que mi honor manchado está.

Beatriz me engaña!

LAUR. Ah!

¿Luégo no sabeis más que eso?

GUEV. Pues qué, cielo santo, hay más?

LAUR. No; yo quería decir...

¿Y vos podeis presumir

tal dolo en ella jamás?

Os engañan.

GUEV. Sí, por cierto;

me engañan; sí, no os asombre...

La he visto aquí con un hombre
cubierto el rostro...

LAUR. ¿Cubierto?...

(Ah! Comprendo.)

GUEV. ¡Por mi vida!

De luto mi dicha cubre.

LAUR. (Si la intriga se descubre
yo tambien estoy perdida.)

GUEV. Vos sois la fiel compañera
de Beatriz.

LAUR. Ciertamente.

GUEV. Si la juzgais inocente
decid, ese hombre... ¿quién era?
Responded.

LAUR. (¡Virgen María!)

GUEV. Decidme.

LAUR. (¿Quién le diré?)

GUEV. Su amante, ¿no es cierto?

LAUR. ¿Y qué?

GUEV. ¿Cómo, y qué? ¿Señora mía?

LAUR. Un amante trasnochado,
que importuno...

GUEV. ¡Suerte insana!

LAUR. (Librémonos hoy... mañana
quedará todo aclarado.)

¿Pero á qué esas agonías?

GUEV. Y yo, ageno á mi desdoro
pulsando el laúd sonoro!...

¡Señor! á los treinta dias
se engaña á cualquier marido,
que da la maldad sus frutos,
pero á los treinta minutos
á nadie le ha sucedido.

LAUR. Serán pueriles antojos.

GUEV. No tal; tengo la evidencia

LAUR. Bah!...

GUEV. Les he visto, Laurencia.

LAUR. Os engañaron los ojos.

GUEV. Mudo estaba el seductor,
y Beatriz, sin reparos
decia: ¿qué he de negaros
que me pida vuestro amor?

LAUR. ¿Eso es cierto? (Asombrada.)
GUEV. Y hay más.
LAUR. (Con espanto.) Sí?
GUEV. ¡La abrazó!
LAUR. ¡La abrazó!
GUEV. ¡Pues!

Y despues...

LAUR. ¿Aún hay despues?
GUEV. Despues se alejó de aquí.
LAUR. (Es decir, que me engañó!
Y yo que habia creído...)
GUEV. ¡Ya veis!...
LAUR. Sí... (Que era lucido
el encargo que me dió.)
GUEV. ¡Laurencia!...
LAUR. Por más que trato
de creer...

GUEV. Esto enfurece.
LAUR. ¡Válgame Dios! si parece
que jamás ha roto un plato.
GUEV. Pues esta vez...
LAUR. Sí...
GUEV. La arpía
sin dar á su infamia coto...
LAUR. Sí, sí. (Ya veo que ha roto
toda una cacharrería.)
Adios, Guevara.

GUEV. ¿Os vais?
LAUR. Sí.
(Que tanta malicia quepa
en ella...)

GUEV. Que no se sepa
nada de esto por ahí.
LAUR. Linda comedia. (Desesperada.)
GUEV. ¡Cruel!
LAUR. ¡(La audacia de las audacias!)
GUEV. ¡(Oh!)
LAUR. (Voy á darla las gracias
y á devolverla el papel.)

(Váse por la izquierda. Desde la mitad de la aeterior escena, hasta la salida de Figueroa, el diálogo será vivo, animado y rápido.)

ESCENA XI.

GUEVARA, á poco BEATRIZ.

GUEV. ¿Qué ven mis ojos? ¡Oh Dios!
ella aquí... Por fin nos vemos;
al fin y al cabo podemos
hablar á solas los dos.

BEATRIZ. (Saliendo por la derecha.)
(¡Cielos! ¡Él! ¡Estoy perdida!)

GUEV. Ya estamos solos, señora.

BEATRIZ. (¿Cómo, ay Dios, salvar ahora
su honor, mi honor y su vida?)

GUEV. Ven, desventurada, ven;
frente á frente, cara á cara
vas á decirme...

ESCENA XII.

DICHOS, VILLAVELA.

VILLAV. Guevara.

GUEV. Maldito de Dios, amen.

VILLAV. Se ha armado otro nuevo lío.

GUEV. No quiero, sea cual fuere,
saberlo.

VILLAV. Tu tío quiere...

GUEV. Pues cuéntaselo á mi tío. (Empujándole.)

VILLAV. Pero...

GUEV. No quiero saber.

VILLAV. Atiende.

GUEV. No quiero oír.

VILLAV. Ven á ver...

GUEV. No quiero ir.

VILLAV. ¡Pero hombre!

GUEV. Tengo que hacer.

(Guevara va empujando á Villavela hasta la
puerta.)

ESCENA XIII.

BEATRIZ, GUEVARA, en seguida el BARON.

- GUEV. Y ahora, señora, escuchad;
pues saber de vos ansío...
- BARON. ¡Marqués! ¡Marqués! (Precipitadamente.)
- GUEV. ¡Tío! ¡Tío!
¡Tío!... (¡Señor, ten piedad!)
- BEATRIZ. (Ah, Dios mío, me salvé.)
- BARON. (Sofocado.) Quiero hablarte con urgencia
de un plan de gran trascendencia;
ya todo lo averigüé.
El Austria...
- GUEV. En este momento
me encuentro muy ocupado.
- BARON. Es un asunto de Estado.
- GUEV. ¿De Estado?
- BARON. Sí.
- GUEV. Pues lo siento;
mas no puedo oiros.
- BARON. ¿No?
- GUEV. ¿Por qué causa?
- GUEV. La sabreis
despues.
- BARON. Pero...
- GUEV. No os canseis;
ahora el Estado soy yo. (Empujándole.)
- BARON. Mas...
- GUEV. Dejadme por ahora.
- BARON. Pero escucha.
- GUEV. Volved luégo.
- BARON. ¡Hombre por Dios!
- GUEV. Yo os lo ruego.
- BARON. Bien; te dejo media hora. (El mismo juego.)

ESCENA XIV.

BEATRIZ, GUEVARA.

- GUEV. Creí no acabar jamás...

- BEATRIZ. (¡Oh!... ¡Qué hacer?)
GUEV. (Cerrando puertas.) Para que estemos tranquilos, cerraré... Echemos...
FIG. El cielo os guarde.
(Encarándose con Guevara al ir á cerrar la última puerta.)
GUEV. ¡Esto más!
Nada... no puedo... está visto.

ESCENA XV.

BEATRIZ, GUEVARA, FIGUEROA.

- BEATRIZ. (Sin duda le envía el cielo.)
FIG. (Saludando.)
Marquesa, señor marqués,
de hallaros aquí me alegro,
pues el hallaros me evita
dar cien vueltas y rodeos.
GUEV. ¿Que quereis? (Impaciente.)
FIG. Poca cosa.
GUEV. Pues decidla y acabemos.
FIG. Es muy breve.
GUEV. Os escuchamos.
FIG. ¿Teneis prisa?
GUEV. Sí por cierto.
FIG. ¡Oh! mal haceis... no por mucho madrugar...
GUEV. Ya sé el proverbio.
BEATRIZ. Yo voy... (Queriendo marcharse.)
GUEV. No. (Con energía.)
BEATRIZ. Señor!...
GUEV. Quedaos. (Pausa.)
FIG. (Mirando á Beatriz y á Guevara.)
(Pues señor, vaya unos gestos)
GUEV. ¿Acabais, marqués?
BEATRIZ. (¡Dios mio!)
FIG. Sabeis, marqués, que os encuentro un tanto cuanto ceñudo y un tanto cuanto altanero. No es vuestra cara de novio; no expresa bien el contento

que dan al alma inocente
los realizados deseos...
Ergo... multus ad sapientiam...

GUEV.

¡Señor marqués!...

FIG.

Ese gesto

me indica que no os importa
lo que os digo.

GUEV.

(Seriamente.) No.

FIG.

Os confieso

que á mí me pasa lo mismo.

GUEV.

¿Pero á qué venís?...

FIG.

(Levantándose y tendiendo la mano ceremoniosa-
mente á Beatriz.)

Á esto:

señora, vengo á buscaros
para llevaros al régio
salon, donde...

GUEV.

No es posible.

FIG.

¿No es posible? Pues me siento.

GUEV.

Tengo yo que hablar con ella.

FIG.

¿Hablar?... Pues hablad... espero.

GUEV.

Es cosa grave.

FIG.

No importa.

GUEV.

Es un asunto secreto.

FIG.

Me taparé los oídos.

GUEV.

Sois muy pesado.

FIG.

Lo creo.

GUEV.

Venid, señora; no es justo
razonar con locos. (Se dirigen al fondo.)

FIG.

(Levantándose y siguiéndolos.) ¡Bueno!

GUEV.

Señor marqués! (Volviéndose con dignidad.)

FIG.

Hay motivo

para irritarse, lo veo;
yo, que por nada me enfado,
hubiera el balcon abierto
y hubiese tirado al hombre
que así me enojara, pero
ni vos llegareis á tanto
ni yo os dejaría hacerlo.

GUEV.

Es decir...

FIG.

Aunque lo sienta
no me es dado complaceros.

- GUEV. ¿Quién lo impide?
FIG. ¿Quién? La reina,
que espera ver al momento
á vuestra esposa...
- BEATRIZ. (¡Oh fortuna!)
FIG. Para un asunto muy serio.
BEATRIZ. (¡Oh!)
- GUEV. Mas con todo...
FIG. Me ha dicho:
«No os vengais sin ella; quiero
hablarla.» Ya veis, la órden...
- GUEV. ¡Ah!
FIG. Yo soy soldado viejo:
en teniendo una consigna,
á la consigna me atengo.
- GUEV. Pues bien, yo mismo...
(Adelantándose á Beatriz.)
- FIG. (Deteniéndole.) ¡Guevara!
- GUEV. ¡Qué!
FIG. Vais á hacerme un desprecio?
(Pausa.) La reina me dió este encargo,
yo este encargo cumplir debo.
—Doña Beatriz...
- GUEV. Señora,
no os ireis.
- FIG. ¿Vuelvo á mi asiento.
BEATRIZ. Ved que fuera un desacato...
FIG. Marqués, se me ocurre un medio.
La reina quiere que vaya...
vos no quereis... bien, yo os dejo
y á su majestad la digo
sin ambajes ni rodeos:
«Señora: el marqués no quiere
»que venga su esposa á veros.»
- GUEV. Oh, no.
FIG. La reina se irrita
y manda que os pongan preso,
pasais la noche de boda
al lado de un carcelero;
pero, en fin, todo se arregla;
vos salís con vuestro empeño,
y yo, cumplido mi encargo,

me quedo tan satisfecho. (Pausa.)
No estais conforme?... Eso prueba
que sois prudente, me alegro...
Señora. (Ofreciéndola la mano.)

BEATRIZ. (Tomándola.) ¡Por fin respiro!

GUEV. Pues señor... ¡estamos frescos!

ESCENA XVI.

GUEVARA, VILLAVELA.

VILLAV. (En voz baja, desde la puerta.)

¡Guevara!... ¿estorbo?... ¿Qué tienes?

(Váse acercando.)

¿Qué te sucede?... ¿Qué es esto?

GUEV. (Desesperado.) ¡Aún no pude hablar con ella!

VILLAV. Por Dios, que es caso estupendo.

GUEV. Mi mujer, no es mi mujer,
yo no soy marido... Creo

(Desenvainando la espada.)

que aquí lo más conveniente
es que me partas por medio.

VILLAV. ¿Pero qué ha pasado?

GUEV.

Nada:

que unos tras otros vinieron,
mi tío, el marqués, Laurencia,
y... ¡nada!

VILLAV.

¡Te compadezco!

Pero, en fin, vengo á decirte
que ya se acerca el momento
fatal.

GUEV.

Las diez...

VILLAV.

Se aproximan.

GUEV.

¡Ah! Cobro vigor de nuevo
al saber que pronto ..

VILLAV.

Pronto

será tu venganza un hecho.

GUEV.

¿Vendrá el galán?

VILLAV.

¿Quién lo duda?

Galan español no se ha hecho
jamás aguardar de dama

- de rostro tan hechicero.
GUEV. Ya estoy impaciente.
VILLAV. Y yo.
GUEV. Lo que únicamente temo
es el sitio...
VILLAV. ¡En este sitio
te deshonran!
GUEV. Eso es cierto.
VILLAV. ¿Pues entónces, voto á Judas,
á qué ese pueril recelo?
El hombre que se ha casado
ya no debe teuer miedo
á nada.
GUEV. Razon te sobra.
VILLAV. Yo donde me pegan, pego.
GUEV. Dices bien... ¿Y el plan?...
VILLAV. Guevara,
es como mio, soberbio.
(Misteriosamente.) En el jardin doce guardias
ocultos tras de los setos;
y es su consigna que prendan
al que vean, y *laus deo*.
GUEV. Yo, despues, he de matarle.
VILLAV. Estarás en tu derecho;
pero como yo le encuentre
ántes le muelo los huesos.
—Adios, me voy al jardin
porque ya va siendo tiempo
de acechar...
GUEV. Yo á la antecámara
de la reina; allí me espero
á que salga Beatriz;
á mi casa me la llevo,
la deajo bien custodiada
y en seguida aquí me vuelvo,
para que halle el que me afrenta,
en vez de su amor, mi acero.
VILLAV. Todo marcha á maravilla.
GUEV. Tú por fuera y yo por dentro.
(Váse Villavela por el fondo y Guevara por la de-
recha; Beatriz sale azorada por la izquierda.)

ESCENA XVII.

BEATRIZ, azorada.

¡Dios mio! Me faltan fuerzas
y valor! Ya no hay remedio.
La reina sabe la intriga.
Su tono altivo y severo
ha penetrado en mi alma
como un puñal. «Idos presto,»
—me ha dicho—«que el régio alcázar
»donde hoy dispuso Himeneo
»sus ricas galas... ¡quién sabe!
»quizás os sea funesto.
»No es bien que amor hoy se vista
»con la sombra de los celos.»
Á estas frases, aterrada,
quedé sin voz, sin aliento
y sin saber de mí misma
saludé y salí. No hay tiempo
que perder; es necesario
que deje mi honor ileso
y que salve la existencia
de Fernando, que está en riesgo.
Un juramento me liga
y el deber me obliga á ello.
¡Mas cómo le aviso! ¡Cómo?
¡Quién hay aquí tan discreto,
tan noble, tan elevado
que pueda salvar...
(Con alegría mirando á la derecha.)
¡Ah! el cielo
me le envía, sí, no hay duda,
¡él es, él es mi ángel bueno!

ESCENA XVIII.

BEATRIZ, FIGUEROA.

FIG. Marquesa.
BEATRIZ. En buena ocasion
llegais.

- FIG. ¿Por qué, amiga mía?
- BEATRIZ. Si una dama en vos confía
su honor y su salvacion;
si de vos, marqués, implora
favor, ayuda y sosten,
¿qué hareis?
- FIG. Se comprende bien;
favorecerla, señora.
- BEATRIZ. Gracias. No en balde la fama
teneis de noble y de hidalgo.
- FIG. Pongo lo poco que valgo
al servicio de esa dama.
¿Quién es ella?
- BEATRIZ. Yo.
- FIG. ¿Vos?
- BEATRIZ. Sí.
- ¿Os sorprende que en un día
de placer y de alegría?...
- FIG. Nada me sorprende á mí.
¿Qué me mandais?
- BEATRIZ. Hay un hombre
que me...
- FIG. Basta; comprendido,
un hombre que os ha ofendido.
- BEATRIZ. Marqués...
- FIG. Decidme su nombre
para que cuentas le pida,
y aunque se defienda bien,
en ménos de un santiamen
arranco á ese hombre la vida.
- BEATRIZ. No es cosa de tanto empeño.
- FIG. Si eso para mí no es nada,
recibir una estocada
ó darla...
- BEATRIZ. ¡Oh, no!
- FIG. Es bien pequeño.
- BEATRIZ. Lo que habeis de hacer es dar
una misiva.
- FIG. (Parándose.) Eso es
más grave.
- BEATRIZ. ¿Os negais, marqués?
- FIG. Prometí, podeis mandar.

BEATRIZ. (Abriendo la puerta secreta despues de asagurar-se de que nadie los ve.)

Vais á entraros por aquí.

FIG. ¡Sombrío está, por mi nombre!

BEATRIZ. Á las diez llegará un hombre.

FIG. ¡Y le doy la carta?

BEATRIZ. Sí.

FIG. ¡Y qué le digo?

BEATRIZ. Que parta
sin perder un solo instante.

FIG. ¿No más?...

BEATRIZ. No más.

FIG. Es bastante.

Dadme, si quereis, la carta.

BEATRIZ. Tomad, y si no viniera
nadie á las diez...

FIG. Vuelvo aquí.

BEATRIZ. Á las diez en punto...

FIG. Sí.

BEATRIZ. ¿Os deteneis?

FIG. Si yo fuera
mal pensado...

BEATRIZ. ¿Qué?

FIG. Diría
que este asunto tan oscuro
envuelve quizás...

BEATRIZ. Os juro
que no ofende á la hidalguía.

FIG. Basta: doy entera fe
á vuestras frases.

BEATRIZ. ¡Adios!

El cielo vaya con vos.

FIG. (Mirando maliciosamente el pliego.)

¡Yo no sé con quién iré!

(Apenas Beatriz ha cerrado la puerta secreta, aparece D. Fernando, con antifaz, por la puerta del foro.)

ESCENA XIX.

BEATRIZ, D. FERNANDO.

FERN. (Rápido.) ¡Oh!... ¡Beatriz!...

BEATRIZ. ¿Vos aquí,
don Fernando?

FERN. No hagais ruido.

BEATRIZ. ¿Pero cómo?...

FERN. ¡Estoy perdido!
me siguen.

BEATRIZ. ¿Os siguen?

FERN. Si.

Viéndome ya acorralado
en el jardín, escapé
y á esta cámara llegué.

BEATRIZ. Entónces estais salvado.
Esta sala está desierta
y á oscuras... en ella entrad,
hácia la izquierda tomad
y encontrareis una puerta;
huid por ella.

FERN. Lo haré.

BEATRIZ. Dejad la puerta cerrada.

FERN. Bien.

(Váse por la primera puerta de la izquierda. Bea-
triz vuelve á la puerta secreta, y en este momen-
to aparece el Baron y cruza la escena en segui-
miento de D. Fernando.)

ESCENA XX.

BEATRIZ, el BARON.

BARON. (Cómicamente.) ¡Ya tengo mi embajada!
¡Ya la tengo! ¡Le pesqué!

(Váse por la misma puerta que D. Fernando.)

ESCENA XXI.

BEATRIZ, á poco VILLAVELA y GUEVARA.

BEATRIZ. (Déle el cielo su favor
y sáquenos de esta empresa
felizmente.)

VILLAV. ¡Oh! la marquesa!

- GUEV. Aquí se esconde el traidor.
BEATRIZ. ¡Guevara! (¡Triste de mí!)
GUEV. Señora, al fin os encuentro.
VILLAV. (Reparando en Beatriz.)
(¡Mira hácia aquí?... pues adentro;
no hay duda... el pez está aquí.)
(Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XXII.

BEATRIZ y GUEVARA en la escena, VILLAVELA y el BARON en la cámara contigua.

- GUEV. Ahora no podeis negar;
tengo una prueba palpable.
BEATRIZ. No, Guevara.
VILLAV. (Dentro.) Miserable,
al fin te pude encontrar.
GUEV. ¡Traidora!
BEATRIZ. (¡Cielos, le halló!)
GUEV. ¡Ah! voy...
(Dirigiéndose á la primera puerta izquierda.)
BEATRIZ. ¡Detente!
VILLAV. (Dentro.) Villano,
hiera tu rostro mi mano.
(Suena un gran bofeton.)
GUEV. Dejadme pasar.
BEATRIZ. ¡Ah! no!
(Suenan las diez en el reló.)
GUEV. Dejadme.
BEATRIZ. Escucha.

ESCENA XXIII.

DICHOS, VILLAVELA.

- VILLAV. (Saliendo.) Aquí está,
aquí está el infame oculto.
BEATRIZ. ¡Oh!
VILLAV. Le he inferido un insulto
sangriento.

GUEV.

Entremos.

(Al ir á entrar suenan golpes en la puerta secreta; todos se detienen. Pausa. El Baron atraviesa la escena con la mano en el carrillo y se va por el fondo.)

VILLAV. (Sorprendido.) ¿Quién?

BEATRIZ. (¡Ah!)

GUEV. ¿Qué es esto?

FIG. (Dentro.) Beatriz.

VILLAV. ¿Eh?

FIG. Abrid, ya pasó la hora.

VILLAV. ¿Entónces á quién?...

(Indicando con la mano un bofetón.)

GUEV. (Á Beatriz.) ¡Traidora!

VILLAV. Calma.

BEATRIZ. ¡Cielos!

VILLAV. Yo abriré.

Pero el otro... ¿quién será?

GUEV. ¿Á qué esperas? Abre.

VILLAV. Sí.

ESCENA XXIV.

DICHOS, FIGUEROA.

FIG. (Sin reparar en nadie.)

Marquesa, ya estoy aquí.

GUEV. ¿Vos?

FIG. (Con calma.) Muy buenas noches!

GUEV. ¡Ah!

VILLAV. ¡El marqués! ¡Válgame Dios!

GUEV. ¿Qué es lo que miran mis ojos?

¿De mi mal y mis enojos

érais el culpable vos?

FIG. ¡No sé!

GUEV. ¿Qué hacíais ahí?

¿Qué en esta sala buscábais?

¿Por qué á esta puerta llamábais?

FIG. Por entrar.

GUEV. ¿Por entrar?

FIG. Sí.

GUEV. ¿Y así respondeis?

- FIG. Es claro.
- BEATRIZ. (Á Villavela.)
(Por Dios, calmad á Guevara.)
- GUEV. ¿Y lo haceis con esa cara?
- FIG. Con la que tengo.
- GUEV. ¡Es descaró!
—Marqués, ¿qué os hizo venir
por el corredor secreto?
Sepamos.
- FIG. Sois indiscreto.
- GUEV. ¡Qué!
- FIG. No os lo puedo decir.
- GUEV. ¿Que no?
- FIG. No.
- BEATRIZ. Por compasion.
- GUEV. Seguidme y veremos...
- FIG. ¡Bien!
- BEATRIZ. ¡Ahl... No será.
- VILLAV. (Preocupado.) ¿Pero á quién
he dado yo un bofetón?

ESCENA XXV.

DICHOS, el BARON y varios GUARDIAS, que se quedarán formados á la puerta.

- BARON. Si intentase resistir,
fuego y nada de cuartel.
(El Baron vendrá con un carrillo colorado y muy hinchado.)
¿Le habeis visto?
- GUEV. y VILLAV. ¿Á quién?
- BARON. Á él;
por aquí debió salir.
Cuidado y mucha atencion. (Á los guardias.)
¿Conque le visteis?
(Á Villavela, Guevara y Beatriz.)
- GUEV. No entiendo...
- BARON. Él debió salir corriendo.
- VILLAV. ¿Pero quién es él, Baron?
- BARON. El traidor.
- VILLAV. ¿El traidor?

- BARON. Si.
GUEV. ¡Luego vos teneis señales?
BARON. ¡Ya lo creó!
GUEV. ¡Cuáles?
BARON. ¡Cuáles?
¡Un bofeton!
VILLAV. (¡Ay de mí!)
GUEV. ¡Un bofeton?
BEATRIZ. (Con alegría.) (Luego es el Baron el sorprendido!)
VILLAV. (Si lo sabe soy perdido.)
(Ap. al Baron.)
—Baron, prended al marqués.
Él es sin duda el sujeto que el bofeton os ha dado. Nosotros le hemos hallado en el corredor secreto huyendo.
BARON. ¿Sí?
VILLAV. Sí, Baron, no lo dudeis, él ha sido.
BARON. (Pues entónces me decido.)
(A Figueroa con gravedad.)
Marqués, daos á prisión.
FIG. ¿Yo?
BEATRIZ. ¡Qué!
GUEV. ¡Cómo!
BARON. Vano afan.
Me autoriza el rey. Marchemos.
FIG. ¡Bien!
GUEV. Es que...
VILLAV. (Conteniéndole) (Tiempo tenemos; calla.)
BARON. Señor capitan, prendedle.
BEATRIZ. ¿Pero por qué?
GUEV. Tened al ménos, señora, decoro y callad.
BARON. Ahora seguidnos.
FIG. ¡Bien!
BARON. ¡Ya triunfé!

ESCENA XXVI.

DICHOS, LAURENCIA.

LAUR. (Rápido.) ¿Qué es esto? ¡Á qué tanto ruido?
¿En palacio tal exceso?

BARON. Es que nos llevamos preso
al marqués.

LAUR. ¿Á mi marido?

VILLAV. Al mismo.

LAUR. No puede ser.

BARON. (¡Conspira!) (Á Laurencia.)

LAUR. Sé su inocencia.

GUEV. (Vuestro marido es, Laurencia,
el galán de mi mujer.)

LAUR. ¿Qué decis?

GUEV. Que ese traidor
vino á confirmar mis celos
por ese pasillo.

LAUR. ¡Cielos!

¡El pasillo del amor!

BEATRIZ. Escuchad.

LAUR. Yo nada escucho.

GUEV. ¡Infame! burlarme así...

FIG. (Yo soy la víctima aquí.)

VILLAV. (Esto me divierte mucho.)

GUEV. ¿Quién creyera que ella?...

VILLAV. (Llevándose á Figueroa entre guardias.) Quién
pensára que él, tan apático...

BARON. (Llevándose la mano al carrillo.)

Pues para ser tan flemático

lo que es pegar pega bien.

(Todo este final rápido y de gran movimiento.)

CAE EL TELON.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Figueroa. Puertas al fondo y laterales. La de la derecha se supone que conduce á la alcoba. Armas, sillones, etc , etc.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, saliendo á tientas por la puerta del foro.

Por fin libré de sus garras;
¡ay! qué pajes tan feroces,
ellos siguiendo mi pista
y yo corre que te corre.
¡Bendito el que hizo la traza
de este alcázar tan enorme,
que tiene para ocultarse
más madrigueras que un monte. (Pausa.)
¡Qué oscuridad tan profunda!
¡Dónde estaré? ¡Por mi nombre!
no atino con la salida...
Perdíme en los corredores
y estoy tan dentro del riesgo
que á cada momento es doble.
¡Oh!... busquemos una puerta
por donde salir... ¡Que un hombre
como yo tenga que verse
en estos lancés .. Rigores
son de la fortuna mia,
siempre ingrata, siempre indócil.

(Tropieza con la puerta de la alcoba.)
¡Ah! por fin hallé salida...
si diera al campo... Mas, dónde
iré á parar?... ¡Oh! qué importa;
sé que juego en esta noche
la vida, tómela el cielo
si el cielo no me socorre. (Escuchando:)
Oigo rumor, sí, no hay duda...
yo no sé qué habitaciones
son estas, pero me meto
por ellas, pues si me cogen
vagando sólo y á oscuras,
como nadie me conoce
en palacio, es muy posible
que por un ladrón me tomen
y el rey don Felipe quinto
me mande colgar de un roble.
Perdido soy sin remedio.
(Éntrase en la alcoba y cierra la puerta.)

ESCENA II.

FIGUEROA entre guardias, VILLAVELA.

VILLAV. Marqués, cumpliendo las órdenes
del Barón—que siendo tuyas
son mandatos superiores—
aquí os quedais detenido.

FIG. Bien.

VILLAV. Lo siento, mas...

FIG. Es noble
que me dé el Barón por cárcel
mis propias habitaciones.
Decid á ese mamarracho
que le estimo sus favores.

VILLAV. Lo haré; pero ahora que nadie
nos ve, dejad que me asombre
y os pregunte...

FIG. Villavela,
no habéis de eso... hay ocasiones
en las cuales...

VILLAV. Sí, comprendo.

FIG. Pues si comprendeis, entónces...

VILLAV. Pero no obstante me extraña
que vos, que sois en la córte
la pasividad en forma
de estátua, andeis en los trotes
de la intriga palaciega,
y á más... ¡Oh! témpora!... ¡Oh! mores!
seductor de desposadas
en agraz, recientes, jóvenes
lindas, pudorosas, castas,
sencillas, tiernas y nobles.
¡Oh! privilegio sublime
de los semblantes inmóviles
que no los penetra el rayo!...
Vuestros son los grandes goces,
vuestras las grandes conquistas,
vuestros los triunfos mayores.
Yo bien sé que las mujeres...
son mujeres, pero dóime
á pensar qué es lo que haceis
para rendir corazones
que están pendientes de boda:
ántes, estamos conformes;
despues, es cosa corriente;
pero en tales ocasiones,
en un momento tan crítico...
vamos, que sois un gran hombre,
y si no mediara el bueno
de Guevara.. ¡por San Jorge!
os estrechaba en mis brazos
confesándome un bodoque.

FIG. Pues para haceros justicia
no reparéis en razones
y abrazadme.

VILLAV. ¿Qué?

FIG. Estaremos
siquiera una vez conformes.

VILLAV. ¡Si es broma, pase!

FIG. (Tendiéndose en un sillón.) (Es difícil
que se conozcan los hombres.)

ESCENA III.

DICHOS, BARON.

BARON. (Cautelosamente.) Villavela... Villavela, soy yo; fuerza es que interrogué al preso... dejadnos solos.

VILLAV. Os dejo... (Iré á ver al pobre Guevara.)

BARON. Volved más tarde; dejad en los corredores centinelas.

VILLAV. Por supuesto.

BARON. ¡Ah!

VILLAV. ¿Qué quereis?

BARON. Dad la órden de que dejen paso á todos ménos á... (Señalando á Figueroa.)

VILLAV. Ya se supone.

BARON. ¡Ah! tened mucha cautela, porque puede haber traidores; los suecos son muy taimados.

VILLAV. Suecos al fin... (Si del golpe no se olvida y me descubre, voy á pudrirme á una torre.)

ESCENA IV.

BARON, FIGUEROA.

BARON. Gracias á Dios que se ha ido: ahora solitos los dos, sabré... ¡Que es esto? ¡Por Dios! (Figueroa ronca.)

¡jurára que se ha dormido!

Lo dicho... ¡qué atrocidad!

¡qué olvido de la etiqueta!

Este hombre nada respeta.

¡Hola! marqués, despertad.

FIG. Quién me llama? Ah, vos, Baron.

Perdonad, estoy cansado.

BARON. ¡Se vuelve del otro lado!

Escuchad con atencion.
Vengo á saber un misterio
muy serio.

FIG. ¡Por vida mia!
Y yo, Baron, que creía
que con vos no hay nada serio.

BARON. Ese insulto...

FIG. Perdonadme,
no os quiero injuriar.

BARON. Marqués,
de eso hablaremos despues;
ahora oid y contestadme.
Pensad que estais ante mí...
Suecia se encuentra vencida.

FIG. (Despues de contemplarle un rato.)
Buenas noches.

BARON. ¡Por mi vida!
Ya todo lo descubri;
por eso estais en prision,
por eso he venido á hablaros;
aún puede, marqués, salvaros
una franca confesion.
Yo os cubriré con mi nombre
delante del trono real.

FIG. (Pues señor, no hay animal
más imperfecto que el hombre.)

BARON. ¿Qué murmurais?

FIG. Que me abismo
siempre que veo un ejemplo...
siempre que á vos os contemplo
y me contemplo á mí mismo.
Ya veis, Baron, que al mezclarme
en estos ejemplos claros,
no he de querer rebajaros
ni he de querer rebajarme.
Pero es lo cierto, Baron,
aunque el orgullo nos sobre,
que ambos hacemos un pobre
papel en la creacion.

BARON. ¡Marqués!

FIG. No, no son manfas
ni consecuencias triviales...

Los pobres irracionales
no hacen tantas tonterías.
Contra la suprema ley
no hay uno que se revuelva;
ruge el leon en la selva,
rumia perezoso el buey,
se agita el pez en el mar,
silba el reptil, canta el ave,
y todo, en concierto grave,
dulce y terrible á la par,
llena el caos misterioso
de una armonía sin nombre,
sin fin... solamente el hombre.
en este concierto hermoso,
lanza en su orgullo fatal
una nota discordante
que destruye á cada instante
la armonía universal.

Y esta nota que demuestra
que no sabemos ni vemos,
ni entendemos ni sabemos,
nada, es la mia y la vuestra
y la de ochenta infelices
por cada noventa ó cien
que hay en el mundo y no ven
más allá de sus narices.

Y esto nos pasa á los dos,
y esto se conoce al pronto,
y yo soy tonto, muy tonto,
;pero cuidado que vos!!...

Sé lo que vais á decirme;
que hace poco os he insultado,
que un bofetón os he dado:
sí, sí consiento en batirme
en palacio, en la esplanada,
en la calle... en un rincón.
No os he dado un bofetón,
pero os daré una estocada.

(Tira de la espada. El Barón echa á correr.)

Vereis qué pronto despacho,
ya que teneis el capricho..,

(Riéndose irónicamente y envainando.)

Já! já! já! Lo dicho, dicho,
¡un ilustre mamarracho!

ESCENA V.

FIGUEROA, saca un pliego.

Y este pliego es el causante
de esta especie de motin;
nadie viene á reclamarlo,
ni aun la misma Beatriz:
y eso que debe importarle
á ella mucho más que á mí.
Vuelta otra vez al bolsillo
y á esperar y á ver venir.
Yo no busco los sucesos,
ellos me buscan á mí.
¡Qué debo hacer en el trance
en que estoy metido sin
razon para ello? Creo
que lo mejor es dormir.
¡Dormir! Soberbio específico
para el humano infeliz
y contrariado que tiene
que soñar para vivir. (Bostezando.)
¡Aaaah! el lecho conyugal
me espera; vamos allí
á descansar. (Echan la llave por dentro.)
¡Caspitina!

Mi mujer demuestra al fin
que es mujer... y echa la llave
como diciendo: «Alto ahí;
»idos á buscar el lecho
»de la hermosa Beatriz,
»que el lecho matrimonial
no es digno de vos.» Jí! jí!
Pues señor, qué hemos de hacerle,
(Se arrellana en un sillón.)
dormiré sin ella. Al fin
solo y no solo yo duermo
como un liron.
(Figueroa se dispone á dormir. Laurencia sale)

por la puerta del fondo, atraviesa la escena y va á la puerta de la alcoba, que encuentra cerrada.)

ESCENA VI.

FIGUEROA, LAURENCIA.

FIG. (Asombrado.) ¡Ella!!... ¡Sí!
¿entonces quién se permite
andar por mi alcoba?

LAUR. Abrid,
marido infame y perjuredo.

FIG. Gracias.

LAUR. ¡Ah! ¿Vos?...

FIG. Gracias mil.

LAUR. De hombre de calma fingida,
ageno á todo alboroto,
que parece que ha hecho voto
de no alterarse en su vida,
pero que su calma olvida
y en un Tenorio se trueca
cuando entre faldas se ve;
liberanos dominé.

De esposo, palo de escoba,
que camina muy despacio,
desde su alcoba á Palacio,
desde Palacio á su alcoba,
que parece que se emboba
y saca de pronto, infame,
de las alforjas el pie;
liberanos dominé.

De rico hombre que desprecie
toda cortesana intriga
y ande con una, su amiga,
en intrigas de otra especie,
y porque el mundo le aprecie
y su honradez no padezca,
sólo entre sombras se ve;
liberanos dominé.

Y, en fin, del ser cachazudo,
grave, estóico, indiferente,
que camina entre la gente

siempre grave y siempre mudo
y en cuanto ve un pasadizo
secreto, por él se mete
haciéndose el mozalvete
para ganar el hechizo
de una hermosura sin fe;
liberanos dominé.

Ya sé que mi afan no os mueve,
ya sé que os importo un pito,
ya sé que en vano me irrito,
ya sé que sois un aleve,
ya sé que os haceis el sordo
á toda humana desgracia,
y que al dar en este gracia
estais sano y estais gordo.
Pero aunque todo esto sé,
hoy y mañana y pasado,
he de llamaros taimado,
falso, perjuro, sin fe,
falaz, artero, bandido,
vano, hipócrita, embustero,
trapalon y trapacero,
y traidor y mal nacido.

(Figueroa, despues de escuchar impasible, gira sobre los talones, se dirige á la puerta, mira por la cerradura, aplica el oido, vuelve al lado de Laurencia y la coge de un brazo.)

FIG.

De mujer falta de scso
que arma en todo una camorra
y parece una cotorra
en soltando *la sin hueso*;
que quiere en todo proceso
ser parte, juez y verdugo
siendo criminal tambien;
el Señor me libre, amen.
De cortesana de empaque
que en el vaiven de su rango
pone su honor en el fango
y al pobre marido en jaque,
y no hay nada que le aplaque
si encuentra el cazo con pringue
siendo ella todo sarten;

el señor me libre, amen.

De alta dama que desprecie
todo palaciego asunto
y ande con otro conjunto,
en asuntos de otra especie
y porque el mundo le aprecie
se hace mártir de un marido,
que se halla siempre en Belen;
el señor me libre, amen.

Y en fin, de mujer tan boba
que en locos celos se inflama
por una inocente dama;
mientras en su misma alcoba,
sin andarse en triquiñuelas
y como cosa admitida,
tiene á otra dama escondida
que le suenan las espuelas,
que han de sentarle muy bien;
el Señor me libre, amen.

Ya sé que nada me mueve,
ya sé que soy un pazguato,
y un tonto y un mentecato
y un infame y un aleve.
Pero aunque yo me hago el sordo
á toda humana desgracia
y tengo la torpe audacia
de estar sano y de estar gordo,
vereis con qué parsimonia,
sin alterárseme un músculo,
promuevo un trueno mayúsculo
en medio á esta Babilonia,
y arde el rey, palacio, vos
y Beatriz y su tío
y yo, y acabo este lio
en paz y en gracia de Dios.

LAUR. (Con extraordinario asombro despues de mirar fijamente á Figueroa.)

¿Qué allí, en ese cuarto, ahora?...
Dado estais á Lucifer
¿Qué ahí se oculta?...

FIC. Una mujer
con espuelas; sí, señora.

Porque no quiero afirmar
que llevando vos mi nombre
hayais ocultado un hombre...

LAUR.

¡Falso! falso! y falso!

(Laurencia se dirige á la puerta y al verla cerrada
retrocede.)

Azar

funesto... ¿será posible?
y se han cerrado por dentro.

(Llamando fuertemente.)

Abrid.

FIG.

Vereis cómo encuentro
algun medio...

LAUR.

(¡Esto es horrible!)

FIG.

Con prender fuego á la puerta.

LAUR.

¿Qué vais á hacer?

FIG.

Ó si no
con una pistola. (La coge.)

LAUR.

¡Oh!

FIG.

Vereis cómo queda abierta,
saltando la cerradura.

LAUR.

¡Oh! si, sí, de cualquier modo;
lo que me importa ante todo
es que quede mi honra pura,
ilesa...

FIG.

(Disponiéndose á tirar sobre la puerta.)

Cargada está,
y si le mato, le mato.

ESCENA VII.

DICHOS, VILLAVELA.

VILLAV.

(Precipitándose á coger la pistola de manos de Fi-
gueroa y quitandosela.)

¿Qué vais á hacer, insensato?

FIG.

Dejadme.

VILLAV.

No, no será.

FIG.

Ahí dentro se halla un ladron
de mi honor, y es necesario
que castigue al temerario.

VILLAV. ¡Ah!

FIG. Dadme.

VILLAV. (Entregándole la pistola.) Teneis razon
si es eso.

FIG. Y á verlo vais.

(En el momento que Figueroa se dispone á disparar sale un paje y le entrega una esquila.—Le-
yendo.)

«Salvad sin tregua ni espacio
»al del pliego... está en Palacio
»oculto.»

LAUR. ¡Qué! ¿No tirais?

FIG. (¿Oculto? ¡Ah! Vamos .. ya entiendo...)

LAUR. Entónces yo tiraré. (Le arrebatla la pistola.)

FIG. Y yo le defenderé.

VILLAV. Mas...

LAUR. (Con arrebató.) Ya todo lo comprendo:
ahí se oculta Beatriz.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUEVARA.

GUEV. (Furioso.) ¿Qué estais diciendo?

FIG. (Á Laurencia.) Repara...

GUEV. ¿Que Beatriz, que es mi honor,
se halla oculta?

LAUR. Sí señor;
en esa alcoba, Guevara.

FIG. Jesús, María y José.

VILLAV. Ave-María Purísima.

FIG. Mas por María Santísima...

GUEV. Salgamos pronto.

FIG. ¿Y á qué?

GUEV. Á morir de una estocada.

VILLAV. Pero...

GUEV. Quitad.

VILLAV. Mas...

LAUR. Dejadme.

FIG. Vamos pues.

VILLAV. Pero escuchadme.

GUEV. Nada, Villavela, nada.

ESCENA IX.

DICHOS, BARON.

BARON. Señores...

FIG. (Empujándole.) Largo de aquí.

BARON. Pero escuchad.

GUEV. (Empujándole.) No podemos.

Tú de testigo. (Á Villavela.)

VILLAV. Marchemos. (Vánse.)

ESCENA X.

LAURENCIA, BARON.

BARON. ¡Laurencia! (Asombrado.)

LAUR. (Desmayándose en brazos del Baron.)

¡Triste de mí!

BARON. ¡Dios mio! Se ha desmayado.

Se ha desmayado. ¡Señora!

Laurencia! Laurencia!... Nada,
no vuelve de su congoja.

Y el rey que me está esperando...

Ayudadme, Santa Mónica.

ESCENA XI.

DICHOS, BEATRIZ.

BEATRIZ. ¿Habeis visto á mi marido?

BARON. Furioso con Figueroa
ha salido hace un instante.

BEATRIZ. ¡Ay!

(Desmayándose y cayendo en el brazo que el Baron tiene libre.)

BARON. ¡Calla, tambien esta otra!

¡Esto ya pasa de raya!

¡Esto ya pasa de broma!

¡Dos mujeres en mis brazos!

¡Si lo supiese la Europa!

¡Y del letargo no vuelven!
¡Oh! pues á mí no me estorban.
Entre el rey, España y Suecia,
poco las damas importan.
Me voy... mas cómo las dejo,
si están?... ¡Ah! sí. Esta poltrona
sirva de apoyo á la una
y ésta de apoyo á la otra.
(Deja á cada una en un sillón.)
Voy á buscar á los cónyuges
y que ellos se las compongan. (Pausa.)

ESCENA XII.

BEATRIZ, LAURENCIA.

- LAUR. ¡Ay! (Volviendo en sí.)
BEATRIZ. ¡Dios mio! (El mismo juego.)
LAUR. ¡Quién?
BEATRIZ. (Viéndola.) ¡Laurencia!
LAUR. ¡Ah! ¿sois vos?... (Con enojo.)
BEATRIZ. (Con alegría.) Gracias á Dios
que puedo, al verme con vos,
demostraros mi inocencia.
LAUR. ¡Dejadme! Á vuestra impudencia
mal la disculpa se aviene.
BEATRIZ. ¡Oh! ¿Qué decís?
LAUR. Á quien tiene
tanto de que avergonzarse
no le es dado disculparse.
BEATRIZ. Haced por Dios se serene
la tempestad de los celos
que halló en vuestra alma seguro
y mi honor vereis más puro
que el claro azul de los cielos.
Escuchadme, y los recelos
de vuestra amante pasión
mitigará el corazón.
De mí no apartéis los ojos,
pues ved que penas y enojos
malos consejeros son.
LAUR. Fingís con tal maestría;

es vuestro acento tan firme,
que á ser dado persuadirme,
inocente os creería.

Pero para suerte mía
no soy tan necia é ilusa
que creyendo en la que abusa
de mí, en trance tan amargo,
dé crédito en su descargo
á lo mismo que le acusa.

BEATRIZ. Ved que un engaño fatal
da mil veces ocasion...

LAUR. Sí, pero en está cuestion
no es posible engaño tal.

BEATRIZ. ¿Por qué juzgarme tan mal?

LAUR. Vos lo quisisteis así.

Yo con mi marido os ví
á solas, y á más resulta
que estábais há poco oculta
ahí dentro. (Señalando la habitacion cerrada.)

BEATRIZ. ¿Yo ahí dentro?

LAUR. Sí.

BEATRIZ. ¡Ah! .. quien se halla aquí escondido
debe ser el partidario
de la reina!

LAUR. ¡El emisario!

BEATRIZ. Si tal.

LAUR. Pues está perdido.

BEATRIZ. ¿Qué decís?..

LAUR. Que mi marido
cerrada esa puerta halló
y airado de mí dudó.

BEATRIZ. Si vió cerrada la puerta
al volver la verá abierta.

LAUR. ¿Qué vais á hacer?

BEATRIZ. Á abrir.

LAUR. (Con resolucion.) No.

BEATRIZ. ¿Cómo?

LAUR. (Rápido.) No puede salir
ninguno, sea quien sea,
sin que mi esposo le vea.

BEATRIZ. Eso es hacerle morir.

LAUR. No, Beatriz, es cumplir

- con lo que mi honor reclama.
- BEATRIZ. ¡Oh!... por favor os lo pido.
- LAUR. No os canseis: no accederé á que se aleje, hasta que no se halle aquí mi marido.
- BEATRIZ. Ved que está comprometido.
- LAUR. No importa.
- BEATRIZ. Tanto rigor...
- LAUR. Es preciso.
- BEATRIZ. Por favor, pensad...
- LAUR. Estoy decidida.
- BEATRIZ. Ved que está en riesgo su vida.
- LAUR. Ved que dudan de mi honor.
- BEATRIZ. ¿Y no cedereis?
- LAUR. Jamás.
- BEATRIZ. Laurencia!
- LAUR. No, por mi fe.
- BEATRIZ. Le haré salir.
- LAUR. Llamaré.
- BEATRIZ. ¿Á tanto osareis?
- LAUR. Y á más.
- BEATRIZ. ¡Oh! pues no me vuelvo atrás.
- LAUR. Ni yo.
- BEATRIZ. (Á la puerta.) Don Fernando, abrid.
- LAUR. Marqués, Guevara, venid. Villavela!... (Llamando desde la puerta del fore.)
- BEATRIZ. Por favor.
- LAUR. Esto le cumple á mi honor.
- BEATRIZ. ¡Oh!

ESCENA XIII.

DICHOS, el BARON.

- BARON. ¿Qué pasa? arde Madrid?
- BEATRIZ. (¡Callad, Laurencia!)
- LAUR. Baron. Haciendo ultraje á mi nombre sabed que se oculta un hombre dentro de esa habitacion.

BARON. ¿Qué decís?

BEATRIZ. ¡Dios de bondad!

BARON. ¿Conque un hombre?

BEATRIZ. (Le ha perdido.)

LAUR. Es fuerza que mi marido
sepa al punto la verdad.
Urge que sepa el marqués
por qué en mi cuarto se oculta
el que así mi honor insulta.

BARON. (Dándose una palmada en la frente.)

¡Ah! ya sé, ya sé quién es.

LAUR. ¿Cómo?

BEATRIZ. ¿Sabeis?

BARON. Escuchad.

Ese hombre... ese desgraciado,
de un crimen está acusado...

LAUR. ¿Sí?

BARON. De lesa majestad.

LAUR. ¡Oh!

BEATRIZ. ¡Dios mio!

BARON. No sabeis

lo que ha pasado?

LAUR. Yo no.

BEATRIZ. Ni yo.

BARON. Pues entónces yo
os lo diré, y ¡ya vereis!
Apenas de aquí salieron
para hacer un desatino
Figueroa y mi sobrino,
los guardias les detuvieron,
pues yo, que por varios modos
me presagiaba un desórden,
había dado la órden
de que prendiesen á todos
los que intentasen salir
del palacio, de manera
que nadie escapar pudiera.
El rey les hizo acudir
ante él, y con gesto acedo
echó al marqués y á Guevara
un sermon, que le envidiára
el cardenal de Toledo.

Y acabó diciendo así:
«algo en palacio sucede
que más que contra vos, puede
ser que venga contra mí,
y os toca á vosotros dos
lo que pasa averiguar.
Id, pues, y ved de zanjar
este asunto... y ¡vive Dios!
si alguno burlase al rey
ó burlase al caballero,
castíguele vuestro acero
ó castíguele mi ley.»

BEATRIZ. (¡No hay remedio!)

LAUR. (Está perdido.)

BARON. Apenas esto escuchó,
de la cámara salió,
Beatriz, vuestro marido;
mientras que el vuestro, Laurencia,
como siempre, indiferente,
al rey, que estaba imponente!
pidió una secreta audiencia.
El rey se la concedió;
quedáronse en su aposento,
y yo, sin perder momento,
aquí he venido, y... ¡Oh!
no es vana mi perspicacia;
que aquí estaba sospeché,
y vine, y aquí le hallé.
¡Lo que hace la diplomacia!
Ahora vereis... voy á entrar,
le cojo y le pongo preso.

LAUR. (¡Si no temiera más que eso
tranquilo podía estar!)

BARON. Voy, sí.

(Al llegar á la puerta se echa mano al carrillo y
se retira.)

Cáspita!

LAUR. (Riéndose.) ¿Qué haceis,
Baron?

BARON. (Dudoso.) ¿Entro?... Sí.
(Avanza y se detiene.) No.—Voy
á decírselo al rey.—Hoy

es mi triunfo... ya vereis...
Intriga tan bien fraguada
descubierta fué por mí.
Ya no tengo duda, sí,
ya he pescado la embajada.
(Váse por el foro dando señales de la más viva
satisfacción.)

ESCENA XIV.

LAURENCIA y BEATRIZ.

BEATRIZ. ¡Oh! ¿Qué habeis hecho, Laurencia?
los insensatos antojos
de vuestros celos y enojos
va á pagar con su existencia
ese infeliz emisario
que en mal hora vino aquí
para atormentarme á mí,
y morir.

LAUR. ¡Oh! Es necesario
que huya al punto.

BEATRIZ. ¿Y cómo? Están
todas las puertas cerradas
y las salidas tomadas.
Pronto á buscarle vendrán.

ESCENA XV.

LAURENCIA, BEATRIZ, GUEVARA y VILLAVRIL.

VILLAV. (En la puerta.) Mira, Guevara.

GUEV. Laurencia

y Beatriz... nada importa.
Cumpliré el deber impuesto
por mi rey y por mi honra.

BEATRIZ. ¡Laurencia!

LAUR. Valor.

BEATRIZ. Ya vienen
á prenderle. ¡Ay Dios!

- GUEV. Señoras,
perdonadme si obligado
por órdenes perentorias...
- BEATRIZ. (¡Dios mio!)
- LAUR. (Aparentando serenidad.) Podeis, Guevara,
sin cuidaros de nosotras
hacer lo que más os cuadre.
Á mí me ha llamado ahora
la reina y voy á su cámara.
- BEATRIZ. (Laurencia, ¿y me dejais sola?
¡Qué va á ser de mí!
- LAUR. Bien pronto
cesarán vuestras zozobras.)
- GUEV. Pues si la reina os espera...
- LAUR. No hacerla esperar me toca.
¿No es esto?
- GUEV. Sf.
- LAUR. Lo sabía.
Dios os guarde.
- GUEV. El cielo os oiga.
(Váse Laurencia.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, ménos LAURENCIA.

- BEATRIZ. (¡Dios mio!)
- GUEV. (Rápido.) ¿Y bien, Villavela?
- VILLAV. En esa cámara próxima
ha de estar quien contra el rey
se oculta ó contra tu honra.
Tu deber es descubrirle
y castigar su alevosa
traicion.
- GUEV. ¿Y si resistiere?
- VILLAV. Ensartarle con tu hoja
toledana.
- GUEV. (Así he de hacerlo.)
- VILLAV. (Bonita noche de boda.) (Váse.)

ESCENA XVII.

BEATRIZ, GUEVARA.

GUEV. Por fin, señora!

BEATRIZ. Guevara...

GUEV. (Irónicamente.) ¿Qué decís? Confusa estais, palideceis y temblais.

Por mi fe, que es cosa rara
que en noche de tal placer,
en día tan divertido,
sólo de ver al marido
palidezca la mujer.

BEATRIZ. ¡Oh!

GUEV. Rareza sin igual!

Todas las mujeres, todas,
en la noche de sus bodas
sienten, y es muy natural,
ese hechicero temor,
único de la existencia,
engendro de la inocencia
unida con el pudor.

Pero el vuestro no es así:
no es el temor inocente
el que hace que vuestra frente
se humille al suelo ante mí.

BEATRIZ. ¡Ah! no. Pensad que delira
á veces la mente loca
y en su delirio equivoca
la verdad con la mentira.

GUEV. ¿Insistís en demostrar
que sois inocente?

BEATRIZ. Insisto.

GUEV. (Irritado.) ¿Es decir que en lo que he visto
me he debido de engañar?

Que nadie hasta aquí llegó;
que aquí con ninguno hablábais
y que á ninguno esperábais,
no es esto, señora?

BEATRIZ. No.

Lo que quiero hacer os ver

y pretendo demostrar,
es que no llegué á olvidar
un momento mi deber.

GUEV. Acabe ya tal porfía.

BEATRIZ. Ileso está vuestro nombre.

GUEV. En esa estancia hay un hombre:
ó vuestra inocencia fía
ó culpable cual vos es.

BEATRIZ. Soy inocente, Guevara.

GUEV. Si él en vuestro pro declara,
verle está en vuestro interés.

BEATRIZ. Vedle pues.

GUEV. (Yendo á la puerta.) Así será.
Abrid ó rompo la puerta.

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. FERNANDO.

FERN. No es menester; ya está abierta.

GUEV. Descubríos.

FERN. (Lo hace.) Mira.

GUEV. ¡Ah!

¡Fernando!

BEATRIZ. ¡Fernando, sí!

FERN. Ya puede estar satisfecho
todo el rencor que tu pecho
encerraba contra mí.

GUEV. ¿Qué dices?

FERN. Somos los dos
contrarios; siempre lo fuimos.
Ha diez años que vivimos,
yo abandonado de Dios,
tú halagado por la suerte.
Á conspirar contra el rey
vine aquí: cumples su ley;
tranquilo espero la muerte.

BEATRIZ. ¡Oh Dios!

GUEV. ¿Y puedes creer
que hago yo tal villanía,
si me embarga la alegría

de volverte, hermano, á ver?
Si disipa tu presencia
la sombra que ha oscurecido
esta noche el bien querido,
la dicha de mi existencia.

(Volviéndose á Beatriz.)

¿Á qué callarme un momento
la verdad?

FERN. Porque si hablaba
á su reina delataba.

BEATRIZ. Y ademas un juramento...

GUEV. Basta: es fuerza procurar
salvarte.

BEATRIZ. ¡Ah! sí, sí; es preciso
sacaros del compromiso...

FERN. ¿Qué importa!

BEATRIZ. ¿No ha de importar?

GUEV. ¡Cómo sacarle, ay de mí!

BEATRIZ. Si Villavela quisiera...

GUEV. ¡Ah! Dices bien, si él pudiera...
Villavela, ven aquí. (Llamando.)

ESCENA XIX.

DICHOS, VILLAVELA.

VILLAV. ¿Llamabas?

GUEV. Sí.

VILLAV. ¿Qué sucede?

GUEV. Nada; que ya ha parecido;
que Beatriz no es culpable.

VILLAV. ¿No? Pues me alegro infinito.
(La de todos.) ¿Y ese hidalgo
es el encubierto?

GUEV. El mismo;

VILLAV. Voy á llamar á mis guardias.

GUEV. Es mi hermano.

VILLAV. ¡Jesucristo!

¿Tu hermano?

GUEV. Y hay que salvarle.

VILLAV. Es imposible.

- GUEV. Es preciso.
VILLAV. Están cerradas las puertas.
FERN. Me someto á mi destino.
BEATRIZ. ¡Oh! no.
GUEV. Pues es necesario,
correremos el peligro.
Sigueme.
VILLAV. ¿Qué es lo que intentas?
Quedarás comprometido
ante el rey.
GUEV. ¿Y eso qué importa
si de esta suerte le libro?
VILLAV. Vamos pues.
BEATRIZ. El tiempo vuela.
(Al ir á salir aparece Figueroa en el foro.)
¡Ah!
GUEV. Fatalidad.
BEATRIZ. ¡Dios mio!

ESCENA XX.

DICHOS, FIGUEROA y LAURENCIA.

- LAUR. (Yendo precipitadamente hácia Beatriz.)
¡Beatriz! (Hablan con animacion.)
FIG. ¿Qué pasa aquí?
GUEV. Figueroa... (Confuso.)
FIG. ¿Á dónde vais?
¿qué teneis? ¿por qué temblais?
BEATRIZ. (¿Pero es cierto?)
LAUR. Cierto, sí.
BEATRIZ. ¡Oh dicha!
LAUR. Callad.)
GUEV. Marqués,
conozco vuestra hidalguía,
y á ella mi amistad confia
un secreto de interés.
Este hombre que veis aquí
debe sin tregua ni espacio
alejarse de palacio.
Juega aquí su vida.
FIG. (Con calma.) ¿Sí?

- GUEV. Sí, marqués, perdido está
si le hallan. Aquí llegó
como mensajero...
- FIG. ¡Oh!
- GUEV. Y está descubierto.
- FIG. ¡Ah!
- Luego este es el emisario.
- GUEV. Y salvarle es nuestro intento.
- FIG. ¿Sí? Pues yo no lo consiento...
porque ya no es necesario.
(Extrañeza en todos.)
Seguro de su poder
y en la guerra triunfador,
sabe el rey cuánto mejor
es muchas veces vencer
con la piedad, gran virtud
de un efecto extraordinario,
que obliga y ata al contrario
con lazos de gratitud.
- TODOS. (Con expansion.) ¡Ah!
- GUEV. (Estrechando á Figueroa la mano.)
¡Gracias!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el BARON, muy preocupado, atraviesa la escena y
se sienta en un sillón.

- FIG. (Sonriendo con malicia.) ¡Calle! El Baron.
Jé! jé!
- BEATRIZ. ¡Qué pálido está!
- GUEV. ¡Tío!
- LAUR. ¡Qué le pasará?
- FIG. (Ya habrá escuchado el sermón.)
- GUEV. No contestá. Tío. Nada.
(Acercándose al Baron.)
¿Qué sucede? ¡Qué teneis?
Tío. ¿No me respondeis?
- BARON. ¡Ya no me dan la embajada!
- FIG. ¿No?
- GUEV. ¿Pues cómo?
- VILLAV. ¿Qué ha pasado?

- BARON. ¿Qué ha pasado? ¿Quién lo sabe?
Lo que sé, y esto es lo grave,
es que no será nombrado.
- GUEV. ¡Pobre tío!
- LAUR. Me conduce
tan impensado sofion.
- VILLAV. Eso ha sido un bofetón.
- BARON. Ya lo creo; y aún me duele.
- VILLAV. ¿Y cómo así, tan de pronto,
os desahucian?
- BARON. Porque alguno
ha dicho al rey, importuno,
que soy inútil y ¡tonto!!!
- GUEV. Y no sabéis quién ha sido
de tal bromazo el autor!
- BARON. Yo no; pero es lo peor
que el monarca lo ha creído.
¡Cuando estaban en un tris
(Con cómica dignidad.)
mi privanza y mi poder,
ahora que iba yo á emprender
la salvación del país.
Cuando ansiando en la demanda
la victoria de esta corte
iba á hacer la guerra al Norte...
Tú ibas á tomar la Holanda. (A Guevara.)
- FIG. Y vuestro afán cumplirá
si ese es su anhelo, Baron;
al ir á su habitación,
vaya si la tomará!
- LAUR. ¡Ya es hora!
- FIG. (A Beatriz y á Guevara.)
Si es que quereis,
sea vuestra unión feliz,
vos no intrigueis, Beatriz,
(A D. Fernando.)
y vos, señor, no intrigueis.
- LAUR. Ya despunta la mañana.
- FIG. Y os dejamos de contado;
pero ya que habeis pasado
una noche toledana
voy á daros un consejo

de un jóven que piensa en viejo,
que á todos quizás importe.

(Figuroa en el centro.)

Todo el que en busca de espacio
para dilatar su vuelo
cifra su ferviente anhelo
en ser huesped de palacio,
sepa, aunque escuche rehacio,
que en Madrid como en Tetuan,
y en Lóndres como en París,
los cortesanos están
en un tris.

El desdichado mortal
de su libertad verdugo
que se echa en palacio el yugo,
el yugo matrimonial,
y ve que en momento tal
todos, á más no poder,
poniéndole verde y gris,
rodean á su mujer,
está en un tris.

Pensad un poco, pensad
en tan constantes afanes,
nobles damas y galanes,
y los palacios dejad.
Buscad mayor libertad
como aquel famoso Ulises;
que si es verdad, cual decís,
que hoy sin afanes vivís,
en la córte hay muchos *trises*
y estareis siempre en un tris.

FIN DE LA COMEDIA.

ERRATAS IMPORTANTES.

En la página 45, verso noveno, donde dice:
que era yo el primero... ¿Y qué?

Debe decir: que era yo su amor primero,
su primer amante... ¿Y qué?

En la página 82, verso primero, donde dice:
con lo que mi honor reclama.

Debe decir: con lo que mi honor reclama.
Debo dar á quien me ama
una prueba fehaciente
de que en mí nada hay que atente
á su nombre ni á mi fama.

En la página 92, penúltimo verso, donde dice:
una noche toledana

Debe decir: una noche toledana
por casaros en la Corte

POLIZA N. 13 944

